

El astrónomo y la cocinera

Francisco Gutiérrez



Capítulo 1

El día chi-chou del quinto mes del primer reinado de Chi-Ho (4 de julio de 1054), apareció en el sudeste de Thien-Kuan una estrella que medía varios centímetros. Al cabo de un año se desvaneció.

Toktagu. Anales de la dinastía Sung

Cuando recuerdo el tiempo que pasé en el observatorio, en que me inicié en la profesión de astrónomo, no puedo dejar de sentir un escalofrío de emoción. Aquel fue un tiempo decisivo, el tiempo eje histórico de una vida, en el que cristalizan los deseos, se aprende lo fundamental y se emprende un camino del que ya nada ni nadie te apartará.

Era una gran oportunidad ofrecida por el viejo profesor astrónomo que me advirtió de la posibilidad de aprovechar una beca para completar mi formación como futuro especialista en astrofísica y profesor asociado a la universidad. Se trataba de pasar el verano convertido en su asistente en unos momentos en que se encontraba metido en la investigación de las fuerzas que rigen el universo. Siempre me había distinguido con su amistad, no sé por qué, quizás porque vio en mí alguien que estaba interesado y dispuesto a continuar sus investigaciones o quizás porque le recordaba algo de la pasión que debió anidar en sus años mozos cuando decidió enfocar su vista hacia los misterios del espacio. Acepté y me vi en una isla cuya fuente de ingresos estaba en el turismo por un lado y el Observatorio por el otro, que situado en una meseta a don mil quinientos metros de altura constituía un mundo especial, aislado no solo de los turistas sino también de la mayoría de elementos contaminantes en que se desenvuelve la vida de una persona: lejos del ruido y de las luces. Las noches pasaban en aquella isla como si fuera un mundo irreal. El silencio y la oscuridad eran los fieles compañeros. Una oscuridad salpicada por infinidad de puntos luminosos que hacía levantar la cabeza a cualquier curioso que pasara por allí, y le mantenía la mirada en lo alto con mucha mayor atención que la de un devoto dirigiéndose a su dios.

Pasábamos el tiempo enfocando el telescopio hacia un rincón de la galaxia, anotando los datos y realizando cálculos. Pero de vez en cuando parábamos el trabajo, salíamos al campo desde donde se contempla la noche sin necesidad de ningún artilugio mecánico y salían las confesiones de labios de aquel hombre: sus ideales, esperanzas, planes y hasta sus penas y amarguras apenas entrevistas.

Aprendí a conocer aquel hombre, aprendí a sentir la pasión que había en aquel cuerpo y aquella mente que envejecía, y aprendí a amar el conocimiento por encima de todo, a practicar la paciencia y a sentir la

emoción muchas veces disfrazada de razonamiento matemático.

Mezclábamos en nuestras conversaciones comentarios sobre la marcha del trabajo con expectativas de futuro o el último incidente habido en la universidad. Estaba ausente la televisión, radio o periódicos. Aislados en un mundo a donde no llegaba nadie, nos sentíamos en el centro de un universo lejos de las luchas por la supervivencia en que se desenvuelven los demás mortales, enfrascados en la tarea más noble en que se halla metido el ser humano desde que se puso de pie y dirigió por primera vez la mirada al techo estrellado preguntándose por el misterio de allá arriba.

La amistad iniciada en aquella estancia la he mantenido hasta que el viejo profesor murió no hace muchos años, el modelo de vida y trabajo que supuso para mí ha sido imperecedero y lo que aprendí en aquellos días, una enseñanza guía que va más allá de la que supone adquirir simplemente unos conocimientos.

Todas las noches subíamos al Observatorio con la misión de rastrear el espacio, de explorar las estrellas, intentando medir la posible variación en su intensidad o cualquiera de los cambios que en algún lugar y en algún momento pudieran aparecer. Se recibía información de cientos de observatorios profesionales y aficionados que todas las noches dirigen la mirada de sus aparatos vigilando cualquier mínima modificación que pudiera denotar la existencia de un fenómeno estelar: estrellas colapsando, explosiones termonucleares, oleadas de rayos que atraviesan la oscuridad, planetas errantes que orbitan al lado de soles lejanos, estrellas rojas, enanas blancas, cometas que van dejando su carga por los innumerables planetas que tocan, agujeros negros. Buscábamos un destello luminoso en una esquina del universo como el detective busca la prueba que esclarezca la culpabilidad o inocencia del sospechoso.

La noche con su oscuridad y silencio, constituía el entorno que nos rodeaba, donde se desarrollaba el trabajo y recordaba el de una iglesia. Un espacio mágico para la contemplación, para la meditación, para la interrogación sobre las preguntas que ante la bóveda celeste y ante la vida que palpita debajo, surgen en una mente apasionada lista para la emoción de la razón, la más excelsa.

Alex Gálvez paró el coche y se bajó. Se encontraba a unos trescientos metros del Observatorio y antes de llegar a la entrevista que tenía con el astrónomo decidió tomarse unos minutos para contemplar el paisaje que se veía desde allí. Pero los ojos de Alex no se dirigían hacia el mar y la costa cuyo espectáculo se contemplaba, miraba hacia tierra, hacia el edificio que en medio de aquella tierra reseca, brillaba resplandeciente.

- Al fin estoy delante de uno de los mayores prodigios de la ciencia y la tecnología. El lugar desde donde se podían desvelar los enigmas del

universo.

No le había costado demasiado llegar hasta allí. Había sido la casualidad de encontrarse en el sitio oportuno, en el momento justo y no podía dejar pasar la oportunidad de entrar en un programa de detección de fenómenos estelares y de acabar su periodo de formación como astrofísico de la mano de uno de los expertos más reconocidos.

- Es un experto en detección de supernovas, le habían dicho, está un poco chalado como todos los científicos que tienen su cabeza en esos fenómenos, desde entonces todos sus trabajos se han dedicado al seguimiento y persecución de fenómenos relacionados con las explosiones de esas supergigantes. Anda predicando que se tiene que detectar una supernova de miles de años de antigüedad que puede aportar datos fundamentales de las primeras fases de formación del universo, y está detrás de ella como si fuera el Capitán Acab detrás de la ballena blanca. Un tipo interesante.

Y allí estaba él, dispuesto a finalizar sus estudios de postgrado, en aquella isla prodigiosa dispuesto a buscar también su tesoro o supernova escondida entre las miríadas de puntos luminosos que a la noche se asomaban como si estuvieran riéndose de los agobios, zozobras y pasiones que llenaban a aquellos gusanos, motas de polvo en la vastedad, que atrevían a preguntarse por el significado de lo que veían.

-Bien creo que es hora de dirigirme a la entrevista- se dijo - no creo que le guste perder el tiempo, hay que causar buena impresión desde el primer momento.

Le recibió el viejo astrónomo del que tantas referencias tenía y que conoció en los años de estudios universitarios. Pronto se dio cuenta de que el ambiente del Observatorio propiciaba una cercanía e intimidad que no se encontraba en los ambientes de la Facultad. Allí los dos solos sentados cómodamente en la sala desde la que se divisaba la costa, con un vaso en la mano era fácil prolongar la conversación:

-Estamos ante una gran oportunidad- el astrónomo hizo una pausa mientras encendía un cigarro y ofrecía otro a Alex- hoy día la física y la astronomía se han unido en el intento de encontrar una explicación a las leyes primigenias que constituyen la materia. La astrofísica es la ciencia del futuro, donde podemos encontrar respuestas a las preguntas que la humanidad se ha hecho desde siempre a través de la ciencia pero yo diría más las preguntas que se ha hecho a través de la filosofía, el arte y la religión. Los antiguos ponían nombres de sus dioses, de sus héroes mitológicos a las constelaciones, creían encontrar en el cielo las respuestas a los interrogantes del futuro, miraban continuamente hacia la noche estrellada en busca de significados ocultos. Nosotros seguimos haciendo lo mismo pero con respuestas reales. El universo que tenemos

encima de nuestras cabezas es el mejor laboratorio que podamos inventar donde se comprueban las leyes que rigen la creación de la materia y de la energía. Y entre los múltiples acontecimientos, están los de las explosiones gigantescas. Llevo años persiguiendo a esos gusanos de luz que guardan en sus entrañas los secretos de la materia de la que estamos hechos. El olfato me dice que estamos a punto de conseguir una pieza de caza mayor. Lo vuelvo a repetir estamos ante la gran oportunidad de identificar los restos de la gran explosión primigenia, la que creó las grandes leyes que rigen todo, lo que nos rodea, la gravedad, electromagnetismo y las leyes que mantienen la materia unida.

Una sonrisa de satisfacción cruzaba la cara del astrónomo. Se le veía jovial, alegre, amable, moviéndose en su salsa, listo para contar todos los planes, proyectos de trabajo que tenía en su cabeza. Tenían por delante varias semanas de trabajo, de emociones, decía el profesor, y tal vez de decepciones pero que esperaban que fueran las menores.

- Para el científico de hoy día, es... - dijo el astrónomo mientras se servía de la botella de ron y terminaba de llenar el vaso de cola.- estaba diciendo que para el astrofísico de nuestro tiempo en que se han descubierto todas las fuerzas que hay en el universo, el electromagnetismo, la fuerza fuerte y la débil y la fuerza de la gravedad, una teoría que unifique estas cuatro es el gran reto ante el que se enfrenta. Una teoría que explique el estado del mundo, de la materia de la energía instantes después de la gran explosión. Una teoría de la naturaleza que relacione todas las partículas que constituyen la materia. Desvelar el secreto de las fuerzas que surgieron con la gran explosión, la realidad de la materia y de la energía en el periodo anterior al tiempo de la milésima de segundo, antes de que se configuraran los protones, electrones, átomos. Y todo se puede estudiar desde esta esquina, desde este Observatorio. Se necesita esfuerzo, trabajo y paciencia y eso sólo lo dan las ganas de hacerlo, el entusiasmo. Sin ello no hacemos nada. Tú tienes la oportunidad- me decía bajando el tono de la voz- de continuar un trabajo con unos medios que para mí hubiera yo querido en los comienzos.

El viejo profesor se levantó dando por concluida la entrevista y se dirigieron a los coches para buscar el alojamiento para Alex.

- Bien ahora hay que resolver el tema de las viandas y el lugar de recogimiento. Te voy a llevar a una fonda, allí solemos comer todos los del Observatorio cuando salimos de aquí. Comida de calidad. Y para descansar por el día está bastante bien.

La noche era el momento del trabajo, del esfuerzo, la concentración y el estudio. Sólo cuando amanecía, la vida volvía a recobrar el pulso ordinario y con los rayos del sol volvían las palabras altas, los movimientos bruscos y los planes. Se despedían y quedaban para el día siguiente en que

volverían a reanudar el trabajo donde la luz lo había interrumpido y Alex se dirigía a la fonda donde había encontrado acomodo para pasar el tiempo que iban a durar aquellas prácticas y donde le esperaba el desayuno-comida que Marisa la cocinera le tenía preparado. Después se acostaba hasta la tarde en que se levantaba para disfrutar de las playas de aquella isla.

Marisa era cocinera desde siempre, había sido educada desde niña para ser el centro de un hogar, la fiel esposa de un cabeza de familia y la madre de unos hijos que había dejado en Madrid. Se había encontrado con la oportunidad de pasar la temporada veraniega en aquella isla atendiendo las demandas del turismo que eran abundantes. No estaban los tiempos para desperdiciarlo y la experiencia acumulada en el pequeño restaurante familiar era muy adecuada para hacer valer sus servicios. Echaba de menos la carita de su pequeña Nuria, pero aquella isla con el turismo de una cierta calidad que recibía y el Observatorio cercano del que se convertía en el suministrador de alimentos y hospedería para los usuarios permitía disfrutar del trabajo además de llevarse un buen sueldo para casa cuando la temporada terminara.

Cuando aparecía Alex la mesa estaba servida. Solía ser el único comensal que había a aquella hora. Un desayuno inglés con sus huevos fritos y el beicon le aguardaba y mientras consumía ella le acompañaba contándole entre divertida y curiosa los últimos hechos acaecidos en la isla y el cotilleo que los turistas traían de fuera.

- Y ahora de postre para finalizar esta comida, el chocolate- decía apareciendo con una humeante cacerola de donde salía un olor inconfundible que levantaba los jugos gástricos.
- No se moleste Marisa he comido suficiente- se apresuraba a protestar débilmente.
- Basta de remilgos y protestas de falsa educación, te vas a pasar la noche en vela y para eso se necesita estar preparado - atajaba ella, con el tono de la madre que regaña a su pequeño protestón.

Y no es que Marisa fuera una mujer vieja, aparentaba los cuarenta recién cumplidos y todavía mantenía un cuerpo que bien podía mover a más de uno en su dirección. Quizás lo que destacaba era el papel de cocinera enfrascada en las tareas del fogón que tenía asumido y que reforzaba con sus actitudes, con su temario de conversación centrado en primeros platos y postres, con su delantal en las caderas que a modo de uniforme subrayaba unas funciones en las que parecía llevar toda la vida. No obstante con Alex y el astrónomo cuando aparecía por la fonda y con todos los que venían del

Observatorio en general mostraba gran predilección. Para Marisa lo que sucedía allí arriba, era algo que le tenía fascinada. Siempre estaban con las estrellas y más de una vez les había pedido que a ver cuando la llevaban:

- Se aburriría Marisa - le había dicho una vez- no hacemos más que cálculos matemáticos, medición de la desviación infrarroja y operaciones por ordenador, nada de contemplar el firmamento estrellado lejos del mundanal ruido que dijo el poeta.

Aquella aseveración le molestó a Marisa:

- Qué crees jovencito que soy analfabeta, pues tengo mis estudios y no confundo un observatorio científico con la contemplación romántica de los poetas o los enamorados.

Se dio cuenta de que tenía su orgullo aquella mujer, que era algo más que una fregona de fogones que tenía una opinión sobre lo que pasaba allá arriba y que la había molestado el que la considerara una simple curiosa que confunde la teoría de la relatividad con los seriales sudamericanos. Desde entonces aprendió a fijarse en aquella mujer a seguir con curiosidad y respeto sus idas y venidas con el pote del chocolate humeante que llenaba la estancia de olores y sabores que le traían recuerdos de su niñez, a seguir atentamente el movimiento de aquellas caderas poderosas desde las que nacían unas piernas firmes.

Al principio después de aquel incidente una cierta distancia había aparecido pero fue disolviéndose con el paso de los días. Marisa volvía a ser la persona curiosa que le preguntaba por lo que hacía arriba y le regañaba cuando no comía lo suficiente o dejaba el chocolate a medio consumir.

- El chocolate es bueno, está cargado de vitaminas y oligoelementos, un joven como tú no lo puede dejar. Además - decía con una sonrisa picarona - tu novia te lo agradecerá.

Alex no sabía a que se refería pero se lo imaginaba, y le hacía gracia aquella desviación de la conversación de Marisa que lo mismo pasaba de la petición de subir al Observatorio de unos instantes antes o de la explicación de una teoría científica pongamos como ejemplo el efecto mariposa a la insinuación de una picardía inocente de viejos camaradas, sin pestañear con una sonrisa en la boca.

Marisa preparaba el menú del día y para eso se desplazaba al mercado de la ciudad a aprovisionarse de lechugas, berzas, zanahorias, cebollas, alubias, arroz, azúcar, aceite y todo lo que una cocinera necesita manejar

para que los estómagos de sus clientes queden satisfechos y se mantengan fieles a la fonda. Particularmente era una defensora de las salsas y especias como elementos fundamentales del triunfo de la comida y sobre todo del chocolate como elemento de la repostería que garantiza el éxito y produce cuerpos y espíritus agradecidos a veces eternamente. Eran famosas sus ensaladas con salsa picante de alcaparras, con algas hiziki traídas expresamente de los mares del sur para llenar de deseo los corazones. Macarrones estivales con dulce árame, para moderar los ímpetus descontrolados que podían echar a perder los objetivos más nobles y serios de cualquier caballero con buenas intenciones, cogollos de lechuga de Baviera para aumentar la concentración en el estudio o en cualquier objetivo que se propusiera, ideales para mantener la constancia. Algunas de sus recetas eran heredadas por tradición familiar, otras eran auténticas creaciones de Marisa que convertía la cocina en un campo de investigación riguroso y en lugar para desarrollo de su intuición y creatividad. Sus años en el restaurante familiar que tenía abierto en Madrid herencia de una saga de chocolateros le hacían conocer muy de cerca el producto. Era el remedio para las carencias del cuerpo y sobre todo las del alma, que evitaban caer en depresiones y ansiedades a costa de incrementar el consumo del chocolate, como recordaba había oído decir a su abuela en las innumerables historias que contaba cuando se encontraba a solas con sus nietos: una tarde pasada entre caramelos, chocolates, pasteles y otro tipo de dulces es la mejor forma de terapia para víctimas de la fatiga y del ánimo decaído. Su abuela había sido su heroína de infancia y adolescencia. De sus labios había escuchado innumerables anécdotas sobre la lucha que había mantenido junto con el abuelo para sacar adelante el negocio. También sobre las peleas matrimoniales seguidas de las reconciliaciones en que se veían de vez en cuando envueltos y que la abuela contaba con un gesto de satisfacción y con todo lujo de detalles. Contaba cuando fue descubierta por el abuelo en sus años jóvenes a caballo de un marinero que le narraba las aventuras tenidas en los mares no sé si del sur o del norte, de los monstruos marinos a los que se tenía que enfrentar, entre ellas serpientes emplumadas devoradas y vencidas por el frenesí y la valentía de aquellos marineros. Y aunque ella no recordaba nada de lo acontecido decía que el abuelo le pilló en plena faena pidiendo a gritos que el marinero no parase de contarle sus aventuras:

-¡Sigue hablando, sigue, háblame de esos monstruos!

De la depresión en que cayó el abuelo le salvó el consumo de chocolate, a él y a su mujer pues aquejada de un sentimiento de culpabilidad se pasaba las horas llorando, pidiendo perdón y consumiendo chocolate. Hasta que poco a poco se encontraron hablando de las cualidades de aquel producto, de las diferentes formas de prepararlo, de lo que le había contado un cliente, de las enfermedades

superadas. Volvieron a encontrarse en medio del color marrón del cacao. Convirtieron la cama en mesa de comedor. Mezclaban el deseo por los dulces con el dulce deseo del amor.

Y el primer día que lo hicieron después de la reconciliación lo hicieron en medio de un dormitorio humeante de cuencos achocolatados y con la cara, la boca, la lengua y otras partes igualmente nobles mezcladas y confundidas entre el sabor y el deseo del cuerpo y la comida. Cuando ya las sábanas de la cama habían perdido el blanco inmaculado aún pedían a criados y sirvientes que les llenaran el baño con ingentes cantidades de chocolate que se veían obligados a preparar con mirada espantada, pensando que los amos habían perdido la razón.

Marisa esperaba la llegada del estudiante de astronomía con complacencia, siempre había alguna historia relacionada con las investigaciones de allá arriba o con las explicaciones que se habían dado en la escuela de astronomía y siempre tenía preguntas que dirigir a aquel joven. Además quería demostrarle que no era una vulgar cocinera que sólo estaba preocupada por comidas, menús, fregar platos y que era capaz de mantener una conversación sobre cualquiera de los temas que los científicos estaban investigando. Por supuesto que deseaba mostrar sus habilidades en el arte culinario como ella decía, pues preparar una buena mesa, tener contentos a los clientes y sobre todo a los miembros de una familia era todo un arte en el que la habilidad del artista podía brillar, y no menos importante que discutir, analizar y estudiar sobre lo que pasaba allá arriba, era lo que pasaba aquí abajo en el interior de las tripas donde los jugos gástricos se confunden con el placer de saborear una comida bien presentada, auténtico regalo para los ojos y para la mente pues es sabido desde siempre que se come con los ojos, con la mente y con el lenguaje pues de éste depende saber apreciar lo que tenemos delante de nosotros.

Discutían con calor mejor dicho era Marisa la que al mismo tiempo que presentaba el plato de turno alababa con auténtica pasión los placeres que se iba a encontrar el comensal que se hundiera sin demasiados trámites en su delectación. Le acompañaba en aquel entusiasmo y aunque a veces le agobiaba la natural verborrea en que solía caer procuraba alabar el trabajo de ella, cosa que no le costaba pues devoraba con auténtico placer lo que Marisa iba poniendo todos los días sobre la mesa después de una rigurosa noche de trabajo.

Alex siempre era más parco en sus explicaciones argumentando que el trabajo era árido muchas veces, que no habían hecho más que calcular datos. Marisa ponía una expresión de falsa dignidad ofendida, levantaba el busto ante los ojos del estudiante y se daba media vuelta meneando el

culo al mismo tiempo que se la oía decir alguna protesta:

- Pues no sé para que os sirve estar delante de las estrellas si no sois capaces de ver lo que tenéis delante de vuestros ojos. Quiero que un día me subas allá arriba y me enseñes lo que se ve desde allí. Además, de pequeña, a mi me gustaba asomarme al balcón de mi abuelo desde donde se divisaba un cielo estrellado y cuando pasaba una estrella fugaz pedíamos en deseo. Desde el Observatorio se tienen que ver infinitas estrellas y puedes pedir todos los deseos. ¡Ay hijo! Lo que tienes que aprender para que puedas aprovecharte de lo de allá arriba sin perder lo que tienes aquí abajo.

Cuando estaba arriba con el astrónomo, sentía un profundo respeto por el profesor.

Escuchaba sus explicaciones con la máxima atención, era lo más diligente que podía en las tareas que le encomendaba y procuraba ser de ayuda además de tener abierto todos los canales posibles para recoger toda la información que venía de él o que aportaban las máquinas. Pero también había momentos en que el trabajo les dejaba un tiempo libre:

- Este es el mejor momento del día Alex, no lo olvides, si estamos aquí es porque nos sentimos fascinados por lo que se ve. Hay que dar un tiempo para recrearnos en ese mundo del que no divisamos más que unos puntos en la oscuridad. Sabes qué es lo que me decidió de niño dedicarme a estudiar astronomía, fue oír al maestro decir que muchos de los puntos luminosos que estábamos viendo podían ser estrellas que ya habían desaparecido y cuya luz viajaba por el universo. Estábamos viendo mundos que ya habían desaparecido y de los que quedaba un pálido reflejo del que nosotros éramos los únicos testigos. No hay mejor espectáculo que el que se divisa desde aquí. En los momentos de desánimo o cuando las preocupaciones que el trabajo del día a día te pone, salir a ver esto es lo mejor que se puede hacer.

En esos momentos la figura del astrónomo perdía su aire de matemático implacable capaz de discutir cualquier error en un cálculo por mínimo que fuera y aparecía la figura de un padre o de un cura de pueblo fascinado por los misterios insondables que existen en el universo y por los que se interroga continuamente, esperando que las respuestas que encuentra o cree encontrar le llenen de algo más que datos:

- Parecen eternas, puntos luminosos que parpadean en las noches tranquilas del verano o en las frías del invierno mientras observas detrás de unos cristales o a través de unos tubos que te las acercan como si estuvieran al alcance de la mano y sin embargo aunque parecen constantes, imperturbables, también ellas están sometidas a las mismas leyes de cambio que todos los demás. Nacen en el polvo interestelar, crecen y explotan en un festival de energía y materia proyectada en

la inmensidad y mueren convirtiéndose en minúsculos puntos en el espacio poseídos de una fuerza de atracción que engulle todo lo que anda por sus cercanías. Hasta la luz queda atrapada.

El astrónomo siempre se sintió atrapado por aquellas gigantes que lo devoraban todo y dedicó su vida a perseguirlas desde su sillón de astrofísico, a medir la variación de su brillo de su intensidad, a calcular el tiempo de vida que llevaban, los procesos que se estaban dando en su interior, a convertir cada uno de los acontecimientos que se dan allá arriba en una metáfora de los de abajo, en una proyección de sus deseos, de sus ilusiones. Aprendió a encontrar un sentido a lo que hacía en el descubrimiento de los cuerpos celestes que brillan en la noche y nos dicen cual es nuestro futuro y el de lo que nos rodea y nos ayudan a ser más humildes y al mismo tiempo pertenecientes a un universo y a conocer la obra que los antiguos llamaban Dios. Igual que ellos, se asomaba todas las noches lleno de preguntas que dirigía a las alturas y al amanecer regresaba abajo con alguna pequeña respuesta encontrada sólo que a diferencia de los que querían encontrar la última, la humildad era una constante en el trabajo del astrónomo. Sabía que no tendría nunca las respuestas definitivas que estaría siempre condenado igual que el resto de los miembros de su especie a conformarse con pequeños pasos que al poco tiempo serían superados por otros, pero esto no le llevaba a la desesperación porque sabía que la ansiedad y la angustia no pertenecen al objeto observado sino al ojo que mira y él esperaba encontrar la calma, la respuesta a tanto miedo del hombre, a tanta angustia generada por lo que ignora. De cada noche, de cada encuentro regresaba más tranquilo por haber podido paladear durante unos instantes el orgullo, la alegría de saberse formando parte de la misma sustancia de las estrellas. A veces se ponía a rezar, pero sus oraciones no tenían nada que ver con las de los profesionales del rezo, sino que estaban formadas por palabras, frases, versos que había aprendido desde siempre y entre todas había algunos que eran de su especial predilección. No era extraño encontrarle en las noches de verano tumbado en su sillón instalado en la terraza, musitando poemas y dejándose llevar por una música que creía escuchar salida, no sabía si del interior de su cabeza o de la negrura centelleante y se adormecía dejándose arrastrar por la imaginación en que subido al brillo de los astros salía navegando por un universo hecho de pasiones, deseos, acontecimientos que tomaban colores diferentes y unía en una paradoja sin fin el último trabajo hecho en el ordenador con los planes del día siguiente, los recuerdos de la infancia y la explosión de la supernova de 1987 cuyos datos todavía estaba recogiendo. Entonces conocía la felicidad, y creía que lo que había estado buscando durante tanto tiempo se hallaba allí a solas con la noche y su silencio, con el brillo de los cometas, con la fusión en el interior

de una estrella azul.

Se había señalado como objetivo de su trabajo detectar los cambios en la intensidad del brillo de las estrellas, esperando encontrar, descubrir la aparición de un suceso o cataclismo: el estallido de una supernova que se venía anunciando en los ambientes astronómicos y detrás del que estaban los observatorios más importantes así como una red de miles de aficionados que extendidos por todo el mundo aportaban datos sobre la exploración de los rincones del universo. Se situaba en el Observatorio como el vigía del barco pendiente de los cambios que puedan detectarse en el horizonte, con la misma ansiedad, la misma concentración, del que espera en el momento más imprevisto la aparición del hecho sobre el que volcarse y que cambiará la percepción de la realidad.

Conocía las estrellas por sus nombres, los míticos y los modernos, hablaba con ellos como el cazador con la ballena, el general con su enemigo, con una mezcla de admiración, respeto y odio. De envidia por lo difícil de su captura, como si fuera un ser inteligente que se va ocultando de las garras del cazador que le acecha, le pone trampas, le prepara emboscadas, le espera en cualquier esquina saboreando el momento en que podrá echarse encima de él y aprisionarlo en los datos de sus máquinas.

A veces había llorado de emoción al contemplar todo aquello, al descubrir el significado de un punto luminoso en el horizonte, al confirmar los cálculos hechos con un hallazgo.

Pero bien sabía él que no todo eran contemplaciones sino que también había noches

enteras pasadas delante del ordenador realizando cálculos que no cuadraban, revisando lo hecho el día anterior, esperando una confirmación que no llegaba, siguiendo la rutina de cada día donde no había más que operaciones automáticas ante las que la atención pierde su referencia y deja un cuerpo fatigado y lleno de mal humor. Amén por supuesto de la necesidad de concluir una investigación para poder publicarla y hacerse con los fondos necesarios para seguir el trabajo, de adelantarse a lo que el colega estaba a punto

de lograr generalmente con malas artes, a refutar una descalificación hecha del trabajo por la universidad de tal sitio o tal otro. El trabajo podía ser en esos momentos tan estresante como el de un camionero, un ejecutivo de Wall Street o un maestro.

Marisa cada vez se mostraba más entusiasta con la comida, se sentía una experta que aborda su trabajo con la misma pasión del científico y que espera comprobar los resultados para modificar errores de planteamiento y desarrollo.

Me esperaba al borde de la mesa con todos los elementos desplegados y permanecía a mi lado, comentando los últimos incidentes en la

preparación:

- Te estás comiendo una ensalada Paraíso. Sí, eso que parece una simple fruta formada por un par de manzanas, un apio entero y todo ello condimentado con jugo de ananá, mayonesa, un limón y avellanas picadas. Primero estuve repasando todo mi recetario. Tenía que ser algo que le gustara al señor pero que no le aburriera, que no fuera pesado. Si no ligero y nutritivo. Con el sabor suficiente para despertarle pero que no le desvelara y le permitiera abandonarse al sueño reparador al que se va a entregar ahora. Lo suficientemente atractivo para que mañana venga con más ganas a tomarlo y que le produzca confianza en la cocinera que lo prepara. Después de elegir la receta, al mercado, a comprar los productos con garantía de calidad, no creas que es fácil. Tiempo y tenacidad es lo que hay que desarrollar para eso, luego prepararlo y ¡hala! A ver que dice el caballero.

Marisa hablaba mientras Alex comía y este cada vez más animado reforzaba el entusiasmo de la cocinera con asentimientos, exclamaciones sobre el sabor y comentarios sobre la mano que lo había preparado, el buen hacer de experta que tenía, el cuerpo que había tomado la comida y la sorpresa encontrada en un sabor nuevo. Le contaba las conversaciones que mantenía con el astrónomo, el estado de su trabajo siempre traduciéndolo a un lenguaje sencillo, procurando llenar la infinita curiosidad de la cocinera, sin ofenderla como si fuera una ignorante. Y Marisa ponía su entusiasmo en el quehacer del Observatorio casi tanto como en el de la cocina, con la simple e importante diferencia de que en la cocina se sentía la reina y señora de lo que hacía y en el Observatorio era la niña curiosa que pregunta por las increíbles sorpresas que para sus ojos supone el conocimiento astronómico:

-¡Oye astrónomo!- Le decía en un tono de camaradería, de cómplices en el asombro, de confianza en el que tiene delante.

- ¿Explícame que es eso de los agujeros negros? ¿Es algo donde no hay nada, y a todo el que pasa por allí le atrapa y le deja preso? ¿Y la máquina del tiempo? ¿Se podría regresar al pasado, podría yo volver a ver mi abuela? ¿No te he contado la historia de ésta?

Mezclaba las preguntas y las respuestas, sin esperar a escucharlas, los relatos de la comida, con los de las estrellas, los personales, con la pelea en el mercado. Se la veía cada vez más satisfecha de que todos los sentidos se despertaran, de que le brillaran los ojos de ternura y deseo al mismo tiempo.

Alex se sentía cada vez más atraído por aquel cuerpo poderoso que a modo de estrella masiva va absorbiendo todo lo que hay a su alrededor

haciéndolo girar en torno a él hasta que lo precipita en su superficie. A veces se sorprendía a sí mismo mirando las formas de aquella mujer cuando se agitaba por una carcajada, o cuando se alejaba moviendo alegremente sus posaderas sabiendo ella que le contemplaba y aquellas piernas firmes entre las que alguna vez se vio pensando lo seguras que serían en torno a su cintura.

Aquel día se dio cuenta de que pasaba algo. Marisa había depositado con una cierta brusquedad el cuenco de chocolate humeante encima del mantel sin las acostumbradas alabanzas al riquísimo manjar que depositaba. Un cierto gesto de seriedad presidía el semblante de aquella mujer y Alex no pudo dejar de intrigarse y de preguntar, pues la estimaba grandemente. Como pensaba que podría haberla molestado algún comentario que hubiera dicho en ocasiones anteriores estaba dispuesto a reparar los posibles errores en que había caído y presentar las disculpas necesarias.

- Bueno Marisa la veo un poco seria para la ocasión ¿no pasará algo importante?

- ¡Vaya parece que despertó el estudioso! A propósito no crees que ya me puedes tratar de tú. No soy tu madre, ni tan vieja como te crees.

- No quería molestarla, molestarte quiero decir. Si hay algo que he hecho te pido disculpas.

- Que hayas hecho poco, más bien que no hayas hecho es posible. Hay pecados de acción y omisión ya sabes. Me he pasado toda la tarde elaborando un pastel de chocolate para que lo pruebes y te lo he puesto delante de las narices sabiendo que nada, que el señor no se va a dignar a echarle un vistazo. Estuve pensando en hacer tarta de chocolate. Un tiramisú crujiente incluso unos huevos de chocolate. Revise hasta treinta platos pensando que le gustará al señor de las estrellas, y siempre me embargaba una sensación de frustración total le da lo mismo, no lo va a dirigir ni una mirada, como esta tan ocupado de aspiraciones tan altas, quién va a mirar hacia abajo teniendo cosas tan importantes a las que dedicar el esfuerzo el cariño y hasta el amor. Si parece que te has casado con los astros, que los que vivimos aquí abajo apenas si tenemos derecho a vivir, si nos ocupamos de tareas tan inútiles o prosaicas como limpiar, preparar las comidas, lavar los calzoncillos que tu ensucias. Sólo a veces se digna contarte algo de lo que hace, porque los que estamos aquí abajo, los mortales a duras penas estamos capacitados para entenderlo. Y mientras ellos se pasan todo el tiempo averiguando si ha explotado una estrella hallada en el extremo de una galaxia, yo toda la tarde mezclando chocolate, probando caramelos, cremas, frutas confitadas, cambiando un chocolate de Lieja por otro de Bariloche y este por helado de Austria, pensando si encontrará algo nuevo en este si le permitirá descubrir una sensación distinta podrá guardar un recuerdo

aunque sea mínimamente agradecido, será capaz de llevarme a ver el Observatorio, explicarme lo que se divisa allí arriba, que les tiene absorbido el seso.

Marisa hablaba con una cierta irritación pero realmente no parecía ofendida. Como niña pequeña protestaba que no la hicieran el caso suficiente y exigía las atenciones que ella como persona merecía.

Alex se fijó en el rostro mohíno, en los labios fruncidos en los ojos chispeantes de aquella mujer y en el olor mezcla de chocolate y hembra que desprendía aquella figura, que ya no era la de una veinteañera pero que contenía las formas más plenas de mujer entre aquellas caderas y sobre todo en aquel busto que estaba pidiendo unas manos que lo contuvieran.

- ¿Te gustan mis tetas? - oyó la voz risueña de María que se había dado cuenta de su mirada deseosa.- Mi marido está muy satisfecho y siempre me pide que las cuide y las adorne lo mejor que pueda.

- Perdona Marisa no quería molestarla - exclamó Alex.

- No hijo todo lo contrario. Me has rejuvenecido, bueno de vez en cuando, se nota que bajas de las estrellas y reparas en lo que hay aquí abajo.

Desde entonces las atenciones de Marisa se fueron incrementando. Al día siguiente, me encontré una mesa puesta con una variedad de alimentos que me pareció abrumadora y de la que por primera vez había desaparecido el chocolate.

- ¡Esto parece un banquete de bodas, Marisa! ¡No necesito tanto!

- Tú a callar sabrás mucho de lo de arriba pero aquí en las cosas de comer y en dar gusto a todos los sentidos la experta soy yo que por algo llevo un restaurante donde dirijo la alimentación de decenas de personas y tengo una marido que me ha hecho dos hijos y asiste a sus obligaciones maritales con asidua y complaciente eficiencia. Tu que sabes de todo eso.

- Si, pero es que yo no puedo con todo esto Marisa.

Marisa se acercó a la mesa y se dirigió con la cabeza y el busto levantado dominando desde aquella posición la mirada y el terreno de Alex.

- Lo que yo he preparado para un caballero, para un señor con todo lo que hay que tener no es excesivo. Me pasé la tarde de ayer organizando lo que tienes en la mesa y no es excesivo, es lo que necesitas. Sólo tienes unos aguacates con especias que aumentan el sabor del producto con un chorrito de aceite que lo hará delicioso cuando se deslice por tu garganta. Y para completar y poder estar todo el día con la mente despierta y los sentidos atentos, carne picada de cordero con tuétano de novillo treinta

gramos de nueces tostadas, sazonado con media cucharadita de canela, jengibre, nuez moscada, comino y pimienta negra molida. Con esto espero que no te duermas y estés listo para recoger todos los datos que vienen de las estrellas y los destellos igualmente luminosos que pueden surgir de aquí abajo. Que me pareces un imberbe que todavía tiene mucho que aprender. Así que menos protestar y a comerlo todo. Además te doy a elegir para el próximo día entre plátano flambeado con guarnición de huevecillos de caviar a la armenia o almeja dorada con salsa de rape pescado en los fiordos noruegos.

Y se quedaba en silencio esperando mi respuesta, de pie, con los brazos cruzados y los labios fruncidos observando como ingería aquel desayuno de marinero que tiene que atravesar los océanos. Cuando por fin acabé el último aguacate se acercó aún más a la mesa y preguntó con una sonrisa algo inquieta, algo ansiosa por el resultado.

- ¿Y bien qué tal, te ha gustado?

Y yo le decía que sí, no sólo como cumplido y para evitar el cruce furibundo de su mirada o la respiración agitada de aquellos pechos que parecían que iban a desatarse si entraban en un estado de furia en el caso de que manifestara mi disgusto por lo ingerido o aun tibieza, sino que reconocía que había sido un desayuno-comida realmente exquisito, y eran tan sinceras mis afirmaciones, tan ausentes de cumplidos formales que enseguida una sonrisa triunfal iluminaba el rostro de Marisa, desaparecía la ansiedad de unos segundos antes y dando media vuelta volvía a adquirir su paso firme y seguro dirigiéndose a la cocina entre exclamaciones:

-Si no sabré yo lo que tu necesitas, tu todavía estás creciendo. Tienes mucho que aprender y la cocina es el centro de los sentidos la base de las pasiones. Estoy seguro que para estar allí arriba también se necesita sentir el sabor de los sentidos, vibrar todo el cuerpo desde el pelo de la cabeza hasta la uña del pie pasando por las partes intermedias que deben sentir que se mueven y aún crecen si fuera necesario. No creo que haya mucha diferencia entre la pasión por el conocimiento en un lugar o en el otro.

Marisa se daba cuenta de que cada vez se sentía más atraída por el joven. Cuando se encontraba a solas en la cocina, preparar el nuevo menú para el día siguiente se convertía en el trabajo que absorbía su atención

-Creo que me estoy enamorando de ese imberbe, bueno no sé es joven, pero sobretodo es alguien que está aprendiendo. Cree que lo sabe todo y es un ignorante, sobre todo de lo que importa en la vida y a fin de cuentas lo que más importa es el amor. Me gusta ver como saborea esa comida, como me sigue con la mirada, como se sonroja cuando le sorprendo con su mirada en mi trasero, y a mí también me gustaría disponer del suyo, de su entusiasmo, del que tiene por el conocimiento de las estrellas, que

lo puede volcar sobre lo que yo le ofrezco. Para mañana voy a prepararle un plato de pescado, necesita el sabor de los espacios libres, del animal relacionado con los fluidos, ese animal rosado que lo contiene en la mano. He pensado en el salmón con una salsa de ajos, albahaca, perejil, pistachos, jengibre y pimienta. Un par de langostinos sin pelar con la cabeza para que lo chupe, saboree tranquilamente mientras yo esparzo la salsa por el salmón. Dos claras de huevo de gallina feliz. En mi cocina estoy dispuesta a desterrar cualquier animal sometido a tortura. Primero hay que hacer una masa con los productos anteriores, batir las claras y la nata, mezclarlo bien y dejarlo en la nevera durante una hora. Presentar el salmón en finas láminas con los dos langostinos como guardianes de la fortaleza sagrada. Acompañarlo de unos rábanos tiernos con su aceite de oliva y su cucharadita de nata. Que lo pueda devorar con pequeños mordisquitos, saboreando cada pedacito, haciéndolo suyo. Es una comida que levanta el ánimo del haragán más despistado, del vago más indolente y como no, pensaba Marisa con una sonrisa triunfal, del marido más aburrido.

En el Observatorio llevaban varias horas en la tarea de comprobar los cálculos realizados la pasada noche cuando el viejo astrónomo bajó precipitadamente a donde estaba en su despacho.

-¡Gálvez, Gálvez! ¡Suba, rápido!

Llegaron a la sala donde el telescopio enfoca su morro hacia un extremo del universo y preso de la excitación el viejo astrónomo ordenó más que rogó a Alex que anotara los datos que recogía el ordenador.

- En la dirección de Casiopea, un punto luminoso, variable, pulsátil, pero es inconfundible, puede ser el dato que todos estábamos esperando, la respuesta a meses de trabajo. Todos los instrumentos han saltado, es un hecho excepcional, una estrella colapsando y está muy cerca, lo más cerca que hasta ahora se haya podido entrever.

Durante varios años los observatorios de todo el mundo habían estado explorando los rincones del cielo esperando el gran acontecimiento. Las asociaciones de astrónomos profesionales y aficionados habían dado la voz de alarma; una estrella binaria se estaba colapsando enviando, transfiriendo la masa de la estrella más masiva hacia su compañera. Sólo hay muy pocas ocasiones de observarla, el afortunado que logre hacerlo puede aportar a la investigación astrofísica más datos que todos los que se puedan reunir durante años. El viejo profesor estaba excitadísimo:

-La cámara de observación de rayos gamma no deja lugar a dudas, la intensidad del brillo esta cambiando a una velocidad inimaginable. Estamos asistiendo al hundimiento de un universo, de una estrella que arrastra en su cataclismo todo lo

que hay a su alrededor. ¡Por Júpiter, que diría Astérix! Apuesto a que estamos asistiendo al nacimiento de un agujero negro. Claro que tampoco hay que tener prisa en observarlo, puede tardar milenios en confirmarse la existencia de esos tenebrosos cuerpos negros, más negros que Sauron o los orcos de Tolkien.

Se mostraba jovial, parlanchín, como si estuviera asistiendo al espectáculo más divertido y reconfortante que pudiera imaginar.

-Lo siento Gálvez, pero me parece que hoy no te vas a poder ir a tomar el desayuno con la cocinera, vamos a tener que trabajar de lo lindo con los datos que está escupiendo el ojo de dios. Me comunica mi colega del Géminis Sur de Chile, que en estos días se tiene que estar produciendo un cataclismo estelar, quizás una supernova estallando. Debemos tener todos los instrumentos operando y cotejar los datos que recibamos con los de otros observatorios. Una supergigante ha estallado y sus destellos tienen que captarse desde aquí. Esto te lo digo por la necesidad que tenemos que incrementar nuestro trabajo. He estado explorando un punto de la constelación Casiopea. Estoy seguro que se encuentra ahí. Ya quedan pocas semanas para que se acabe nuestra estancia en el Observatorio y no podemos irnos con las manos vacías. Tenemos que aumentar nuestra atención.

Desde entonces apenas hablaron, pasaron toda la noche comprobando los datos, que les llegaban, haciendo cálculos de los lugares donde podía aparecer, buscando huellas, indicios, rastros de rayos o de otras fuentes de energía que les llevaran a la meta propuesta.

Aquel día no abandonamos el Observatorio. Tuvimos que permanecer analizando los datos que escupían los ordenadores y realizando comprobaciones y cálculos. Además enseguida empezaron a sonar los teléfonos, y el fax emitía comunicaciones de otros observatorios. La noticia del acontecimiento estelar empezaba a difundirse y aunque no se mostraba muy comunicativo queriendo reservarse los datos no podía evitar la satisfacción y la necesidad de saber que era lo que estaban obteniendo los competidores.

Cuando se cansaban, salían al exterior a mirar hacia la región que estaban explorando.

El viejo profesor sacaba su vena de humor irónico y se entregaba a una larga sarta de invectivas contra la estrella como si fuera alguien que se esconde para darle mayor encanto al trabajo de seducción. Se portaba como amante celoso que quiere averiguar que está haciendo cuando no está en su presencia.

-La muy puta, dónde se encontrará ahora, seguro que está todavía tapada por alguna de las que destacan, escondiéndose para que no la podamos

encontrar. Encima sabe muy bien que sólo se la puede ver por un breve tiempo, pasado el cual la perderemos. Fíjate como brillan las constelaciones, Andrómeda, el Auriga, Casiopea, Cefeo como lucen todas como si estuvieran en la pasarela, dejándonos ver lo que ellas quieren para dejar enganchados a los mirones que somos los hombres. Saben que no serán nuestras que sólo podemos conformarnos con ver algunas de sus posiciones y de sus destellos por el ojo de la cerradura que nos permite la tecnología hoy día. Y ellas como si nada desfilando todas las noches, revestidas de las formas más brillantes, hechas para excitar nuestra imaginación. Gálvez, no me negarás que su belleza es incuestionable. Una casita en el campo, en esta isla eso es lo que quiero para mi próxima jubilación, una casita y noches como estas. A mi no me van a encontrar en los bares, pubs y demás mierdas de las noches de Madrid, Londres o Nueva York, dónde huele a gasolina quemada todo el día, miras para arriba y no ves nada, solo ves suciedad. Quiero noches como estas con mi pequeño telescopio enfocado siempre hacia arriba listo para penetrar en los misterios de cualquier punto brillante, sin prisas, sabiendo que todo lo que encuentre es un regalo de los dioses, un recreo para los sentidos, sin necesidad de demostrar nada, solo por el gusto de ser el mirón a la que esas, si esas que ves ahí, nos han condenado por los siglos de los siglos, amén.

El viejo profesor se reía de sus palabras, brindaba por el descubrimiento de la estrella y me desafiaba a ver quien la encontraba antes. Cerca del mediodía una nueva llamada interrumpió los cálculos del astrónomo. Era Marisa que preguntaba por qué no había bajado Alex.

-Mire señora estamos realizando un trabajo importante y nos es imposible ir.

El tono no debió ser el más adecuado porque después de un intercambio de frases en un tono bastante alto apareció el rostro del profesor entre divertido e irritado.

-Joder con la cocinera, Gálvez! Me ha mandado decirte que vayas, que se ha pasado toda la tarde cocinando y que ella no está para echar a los cerdos el esfuerzo de su trabajo. La he mandado a paseo, como debe ser. ¡Ah Gálvez! - dijo volviéndose hacia mí con una mirada interrogante- y sobre todo me ha dicho que te diga que te está esperando con el chocolate.

Volvían al interior del edificio a seguir con el estudio y las comprobaciones. A reenfocar el telescopio a una zona contigua, a medir las radiaciones que captaba, a dudar del siguiente paso a seguir. Decepción, sorpresa, cautela, cansancio, euforia se sucedían en los estados de ánimo que les embargaban en su afán de continuar

la búsqueda de cualquier rastro que pudiera provenir del espacio.

-Los últimos datos no confirman las expectativas levantadas. Parece que ha desaparecido. Quizás nos ha vuelto a engañar, y estoy seguro de que está ahí. Ha sido una falsa alarma, un cometa. Pero no sé si lo podremos observar a simple vista o con un pequeño catalejo. La explosión de una estrella hace brillar el universo.

Durante años he estado siguiendo lo que sólo podía ser una estrella binaria en el momento en que la atracción de la estrella invisible hace explotar a la supergigante y esparce por el espacio inmensas cantidades de materia y energía. Ahora parece que izas! todo ha desaparecido. Pero yo estoy seguro de que está ahí, que la tenemos que ver y tiene que ser ahora por estas fechas. No vamos a tenerlo durante años sino solamente durante un tiempo breve. Hay que estar alerta Gálvez, necesitamos estar toda las noches con la mente y los sentidos frescos, te voy a pedir un mayor esfuerzo, mayor atención, quiero que por el día recuperes fuerzas para que vengas dispuesto a todo. Te apuesto una cena en la fonda de Marisa que la encuentro yo antes. Y no porque yo sea más listo o tenga más conocimiento. Tengo más intuición, olfato, duende o cualquier otra palabra que quieras. Y es que para descubrir una estrella como cualquier otro suceso en el espacio interestelar la inspiración del artista es tan necesaria como el trabajo constante del científico. A ver quién recoge los primeros datos sobre la intensidad de su brillo y sobre todo a ver quien la ve con estos ojos, porque si es del tamaño que yo espero esa se tiene que poder ver a simple vista desde aquí Gálvez sin necesidad de aparatos directamente. Es lo más cerca que la vas a poder tener en tu vida. A ver de que te sirve tu olfato de seductor de cocineras, devorador de cuencos de chocolate. Una cena que pague el que pierda.

Cuando por fin apareció por la fonda, se encontró con el rostro serio y poco amigable de Marisa.

Alex intentó ser lo más amable que sabía. Pergeñó unas balbuceantes disculpas ante las que solamente obtuvo el silencio ofendido de Marisa.

- Siento mucho lo del otro día, Marisa pero sabes me fue imposible venir.
- No hace falta que te disculpes ya sé que tienes mucho trabajo.

Dijo esto y se metió en la cocina de la que no salió en todo el día. Dio cuenta del austero y frío desayuno que tenía encima y acabó con la sensación molesta de haberse enajenado una amistad y encima no saber como lo podía reparar.

Y por supuesto que le importaba aquella mujer, no era solamente que el desayuno se había vuelto insípido, que se lo había trasquilado en los cinco minutos que siempre había tardado antes de conocer a Marisa. Tenía la sensación de haber perdido mucho más que los sabores de una amplia mesa, las exquisiteces del salmón con jengibre o del tiramisú de chocolate. Había perdido el sabor que aquella mujer ponía en todo lo que tocaba. Echaba de menos el calor que despedía aquella figura, el tono

pasional que podía poner cuando relataba sus aventuras y desventuras con los postres de chocolate, el rostro encendido por su habitual generosidad verbal, la cercanía de su respiración, la complicidad compartida en muchos de sus relatos. Ahora mientras tumbado en la habitación de la fonda intentaba coger el sueño sin conseguirlo se daba cuenta de las veces que se había recreado en su figura: sus pechos de matrona que hubiera deseado tener en sus manos, sus caderas poderosas de las que nacían unas piernas firmes entre las que imaginaba gozos sólo con su contemplación. Tener su rostro de niña caprichosa que se ofende cuando no recibe los elogios que cree merecer. No estaba de acuerdo en perder aquella mujer y estaba dispuesto a lo que fuera.

Un ruido fuera de la habitación le despertó definitivamente, tomó una decisión y se dirigió a la puerta. Era Marisa que se dirigía a la cocina con unos platos en la mano: Marisa quiero hablar contigo - ésta dio un respingo al verle y casi se le caen los platos que llevaba.

- No crees que no es adecuado que la cocinera esté en la habitación de un señor medio en pelotas - Dijo en un tono que intentaba ser sarcástico. Alex se acercó a Marisa rodeándola con un brazo.

- He dicho que quiero hablar con Marisa no con la cocinera - Decía mientras le quitaba los platos.

La respiración de esta se hizo más agitada:

- Luego te vas a arrepentir, ya veras como te cansas de todo esto.

- Deja que eso lo diga yo - decía mientras la arrastraba al interior de la habitación - déjame que me hunda en ese olor a chocolate caliente que sale de tus pechos.

Pasaron el día, juntos. Llamó al Observatorio para decir que se tomaba el día de vacaciones, como ya habían hablado para compensar el tiempo de trabajo del día anterior y que permanecería en la fonda. También era el día libre de Marisa y se pasaron todo el día entre lances de amor y los pucheros a los que Marisa se levantaba para atender.

-Cariño, voy a preparar un plato de ostras rellenas con arroz y huevo.

Después empezaba a enumerar recetas imposibles, platos exóticos, mezclas extrañas que en la mente de Marisa parecían ser tan reales y cargadas de efectos energéticos como si fueran medicinas.

-Canalones a la italiana con crema de espárragos y Ginko Biloba para mejorar el riego sanguíneo, ideal para los que pasan horas con los libros. Setas y pescadilla con salsa de pimientos exprimidos en su madurez. Dulce de membrillo con ginseng, guisantes salteados y filete de camero joven o en su defecto carne de perdiz para excitar el interés y la motivación para ir detrás de una estrella o de la vecina del quinto y

conocer todos sus secretos.

Y cuando el cansancio les llegaba y el sueño reparador les cerraba los ojos y se añoraba el silencio y el descanso, la voz medio dormida de Marisa llenaba el dormitorio:

-Ayer vi una estrella fugaz y pedí un deseo que se cumplirá. Quiero que me lleves allá arriba, quiero ver las estrellas que tú ves, que me cuentes lo que les pasa, todas esas historias de amor, de nacimiento y muerte, que cuentas. De explosiones, de agujeros negros que no se ven y en los que quedan atrapados todos los que pasan a su alrededor.

Y yo hundía mi cara, mis manos y todo mi cuerpo en aquel ser que me rodeaba, y me atrapaba con la fuerza mayor del universo y me hacía estallar y le prometía que vería las estrellas y le contaría las mil historias de amor que se desarrollaban en las cuatro esquinas, y de cómo surgió en una explosión la energía que todo lo inunda, y como se transforma el mundo y de cómo de la muerte de una estrella surgen otros mundos se crean, perecen y vuelven a renacer. Le hable del tiempo de cómo pasa de forma distinta según a la velocidad a la que vivamos, y como lo que nos parece inamovible, parado frío es un volcán que en su interior se están desarrollando inimaginables transformaciones. Le hablé de la pasión del viejo astrónomo cuando se sienta delante de su ordenador y pasa la noche haciendo cálculos que le dejan estupefacto, de su emoción, sorpresa, decepciones. Del asombro de sus resultados cuando llega a buen puerto o le irrita la ira y las ganas de destruir todo cuando las ecuaciones matemáticas le llevan a un resultado erróneo, y le dije que eso sólo lo puede hacer un hombre que esté movido por el amor, por la pasión más desaforada posible, que sigue los senderos del corazón a la hora de acercarse a los interrogantes más extraños.

- La máquina del tiempo, háblame de la máquina del tiempo se podrá viajar a conocer otras épocas - me interrumpía Marisa.

- Pues no sé, pero hay sucesos en el núcleo del átomo, en la entraña de la materia que dibujan un mundo absurdo para nosotros. Creemos que todo está ordenado, que todo está previsto, pedimos seguridades a todo lo que nos rodea, certidumbres para que no nos pueda sorprender nada y sin embargo a ese nivel de la materia todo sucede por casualidad, no hay nada seguro y de esa simpleza de esos dados tirados al azar como se ha dicho, surge la armonía de los planetas, la danza de las estrellas que cantan los poetas, surgimos tu y yo en este momento y surge también el silencio y la contemplación de lo que nos rodea y surge la nada que es el silencio del que puede salir todo.

El sueño les llegaba por agotamiento y con él viajaban a espacios donde el cansancio es liberado, donde se recuperan los deseos escondidos que la vida cotidiana va negando y se vuelve de él con la sensación de una paz

hallada hecha de estrellas que explotan en el momento adecuado, de agujeros negros hallados allí donde el tiempo se curva y es distinto según a la velocidad que se vaya.

-Llévame a ver las estrellas mi amor- fue la frase de despedida cuando al día siguiente Alex partió una vez más al Observatorio para hacer su trabajo.

Los datos reunidos durante la primera alarma que les había retenido varios días en el Observatorio no habían confirmado las expectativas. No era el suceso esperado sino un cometa mal detectado que había brillado por unos instantes para perderse camino del Sol.

Se volvía a la rutina y Alex volvía al amanecer a los brazos de Marisa una vez que se había sacudido la tensión y el estrés de los últimos días. Ésta volvía a las historias de su abuela, a los menús para levantar la mente y el cuerpo que le preparaba, a las sutilezas del chocolate, a los perfumes de los que se rodeaba y a las gasas de transparencias en que se envolvía para hacer el amor. Volvía al mundo que esta desplegaba. Un mundo de olores, sabores y tactos que junto con los sonidos en que se desenvolvían sus batallas le hacía sentirse protagonista de los cuentos de las mil y una noches, en donde la princesa Scherezade desde el territorio que dominaba la cocina y el dormitorio le envolvía en un mar de sensaciones que le arrastraba, le llevaba por cualquier rincón y le hacía olvidarse de sí mismo de que tenía una reputación un nombre, algo que le identificara y de lo que tenía que dar respuesta ante alguien o algo, ante el mismo desdoblado en un ser que juzga al otro y que se convierte en su guardián que le vigila para que no se rompa, para que mantenga la coherencia, para que pueda justificar cada uno de los datos que ha ido acumulando a lo largo de su historia.

-Has llegado tarde Gálvez, hay mucho trabajo que hacer estar atento a las informaciones que nos llegan de otros observatorios, y sobre todo no perder de vista esa estrella, bien pudiera ser una enana blanca en el momento en que está perdiendo su masa, próxima a convertirse en la estrella de neutrones y quien sabe si podremos asistir a algún cataclismo superior.

El tono del viejo profesor no estaba cargado de acritud, parecía más bien el de un padre que señala al hijo lo importante de su tarea al mismo tiempo que entiende el retraso en la llegada al hogar familiar. Estaban en uno de esos momentos de la noche en que se lo tomaban de descanso. Para esas ocasiones el astrónomo solía sacar una botella de ginebra o de ron e invitaba a los asistentes. Había noches en que esos momentos se los pasaban en silencio dejando vagar la mirada, otras en cambio el profesor se disparaba en confesiones, sentimiento ideas ocurrencias, en

una catarata de historias que le gustaba narrar:

-Nuestro trabajo es a veces imposible, arriesgado y duro. Hay que servirse tanto de la intuición como del trabajo riguroso, se necesita la constancia en el esfuerzo, día a día, como del golpe de suerte, del ingenio del artista. Desde niño miraba hacia el cielo pensando en lo extraño e inconmensurable que es la realidad de ahí arriba me imaginaba mundos completamente distintos al nuestro, planetas habitados por extraterrestres que viajan de un lado a otro. A medida que me iba haciendo mayor me parecía que solo había mundos inertes llenos de frío y soledad donde la vida está ausente. Espacio sideral habitado solamente por la angustia y el miedo. Pero un buen día cayó en mis manos los últimos estudios sobre astronomía. Parecía que se había descubierto un nuevo elemento ignorado en la tierra, algo que iba a abrir las puertas a una nueva concepción de la materia. Resultó ser un fiasco el nuevo elemento era un de los de la tabla periódica. La conclusión era clara, por muy distinta que pueda ser la vida que hay más allá de nuestra experiencia suponiendo que podamos encontrar algo de vida similar, está hecho con los mismos elementos que hay alrededor de nosotros, los mismos elementos de tu cuerpo y del mío, de la materia más despreciable y del ser más querido están hechos de lo mismo, por las mismas partículas que las estrellas. Aquí arriba igual que ahí abajo se necesita esfuerzo, constancia, rigor y como no, pasión, la misma que te lleva a los brazos de la cocinera te debe impulsar en los brazos del conocimiento.

No volví a escucharle ningún reproche, ciertamente no lo necesitaba. Alternaba los dos mundos en los que me movía el del Observatorio y el de la fonda con las mismas ganas.

Sólo me preocupaba a veces que las ansiedades de uno o de otro no supieran entender el esfuerzo y la ilusión que había en mí por cada uno de ellos. Es más mi cuerpo pedía uno u otro cuando caía agotado del contrario. Pasábamos noches en el Observatorio pendiente de la variación del punto luminoso que habíamos detectado, procesando los datos que los aparatos nos iban dando y comparándolos con los que teníamos acumulados en nuestras bases de datos. Al final de la jornada la luz del día señalaba el momento de bajar del Observatorio de acudir a la fonda, donde la comida, los aromas y el cuerpo de Marisa esperaban.

¿Qué habéis hecho hoy allá arriba? - preguntaba Marisa

- Estamos observando una estrella, midiendo la variación de su intensidad, comparándolo con los datos recogidos por otros observatorios y en otras épocas

- ¿Y que habéis averiguado? ¿Está naciendo, o muere? ¿Crece o se

destruye? Y de los restos que queden ¿pueden salir otros mundos?

Marisa entonces apretaba más su cuerpo contra el mío y protestaba de mis argumentos dando a entender que había mucha diferencia entre el frío de los espacios abandonados y el calor de nuestros cuerpos.

- ¿Cómo puedes decir que es lo mismo? Allí arriba no hay más que frío, soledad y silencio, aquí abajo calor, compañía y quejidos de amor, ¿es todo igual? cariño, soy yo una fría estrella que brilla en soledad sin saber realmente a donde va a parar?

Ante aquello no había contestación posible solo existía el calor, el movimiento de brazos y piernas y la unión de dos en uno. Cuando Marisa se despertaba después del sueño reparador se levantaba presurosa y se armaba de los elementos de la cocina.

-Ahora vamos a tomar un reconstituyente que me enseñó mi abuela para dar fuerzas a todo el que tiene que mantener un trabajo duro. No te he contado la historia de mi abuela: conocía cuarenta y cinco maneras de preparar el chocolate, según tuviera que prepararlo para camioneros, hombres que trabajan en el campo, en los negocios, industriales, estudiosos. Para fiestas del pueblo, jolgorios, para recién casados, escritores, bohemios y enamorados. Para todos tenía una receta especial y hacían cola para pedírsela. Como medicina consideraba que tenía unas virtudes sin par para reparar los males del alma: depresiones, angustias, ansiedades, ataques de pánico todo lo solucionaba con infusiones de plantas en las que el cacao y el chocolate tenían un papel fundamental. Mi abuela fue un ser privilegiado, cuando yo era jovencita y mi abuelo había muerto ya hace varios años me contaba las aventuras que había tenido y las que disfrutó con mi abuelo. Conoció muchos hombres, todo aquel que se apasionara por lo mismo que ella, pasaba a formar parte del grupo de sus íntimos y no era extraño sobre todo si era un buen mozo que lo probara con la misma alegría que alguno de los postres preparados por ella. Si yo le preguntaba que pensaba el abuelo si eso era traicionarle y todas las preguntas que una jovencita de quince años solía hacer me decía que estaba muy equivocada que detrás de cada lance con algún mozo de buen ver aumentaba su amor por el abuelo, pues siempre aprendía algo y pasaba a ponerlo en práctica con detenimiento, con regodeo, delectación, aplicación y saboreando los detalles en la cama con el abuelo. Sin esos jóvenes la vida conyugal habría sido monótona y aburrida y no habrían tardado en separarse. Mientras que gracias a ello pasaba a una puesta en práctica de lo aprendido a doctorarse "cum laude" como le gustaba decir, a perfeccionar, posturas posiciones y sobre todo deseos expresados con la lengua y con las imágenes que hacían más rico el amor. El abuelo era algo propenso a la melancolía y siempre se enorgulleció de haberle salvado de caer en una profunda depresión, de haberle evitado algún amago de ataque de pánico o algo peor, gracias a la vida en la cama que conseguía poner en marcha con él para agotarlo y a la reparación de fuerzas y de

tranquilidad que obtenía cuando finalizaba con el chocolate como reconstituyente de las debilidades del cuerpo y del alma.

Antes de empezar su jornada el astrónomo daba clases en la escuela del planetario, en la ciudad más próxima al Observatorio.

Alex solía pasar por allí. Después de la explicación se dirigían los dos juntos al trabajo. Allí recogía los últimos datos de un erudito y admiraba la pasión con que transmitía sus conocimientos a una audiencia ávida de maravillas que confirmaran sus intuiciones y les acercaran a la comprensión de una realidad muchas veces chocante y contradictoria con la que diariamente tenían a su alrededor:

-La tierra no se mueve, eso es lo que nos dice experiencia diaria, nos sentamos delante de la montaña y sólo las nubes impulsadas por el viento parecen alterar una tranquilidad inmutable que nos parece eterna, el río sigue estando siempre en el mismo sitio, el agua pasa entre sus orillas, pero el río es inmutable está siempre igual, sólo se producen cambios si los hacemos nosotros y sin embargo aunque no lo parece vamos montados en una nave que no se para nunca, no es sólo que estemos dando vueltas alrededor de una estrella, o girando sobre el propio eje, es que vamos a una velocidad de treinta kilómetros por segundo surcando el espacio, en una esquina del universo.

El astrónomo cuestionaba una sensación de inmovilidad de eternidad que embarga a la persona y le embarcaba en un viaje vertiginoso a través del espacio, provocando asombros, interrogantes y preguntas que daban paso a un debate.

-Creemos que el tiempo pasa lentamente sin modificar su discurrir. Lo medimos con relojes que hemos construido para demostrarnos a nosotros mismos la igualdad de las partes. Pero no es más que imaginación que damos a esa dimensión temporal en que nos movemos todos. Todos tenemos la experiencia del tiempo que se nos pasa velozmente, sin darnos cuenta, es el tiempo en que nos olvidamos de él pues nuestra conciencia está atrapada en lo que deseamos, hacemos, nos imaginamos, se nos hace breve. En cambio cuando estamos hartos, cuando no queremos saber nada de lo que nos rodea, entonces se nos hace eterno, contamos cada instante le repasamos con nuestra mente miramos los minutos, los segundos no acaban de pasar. Pero si viajáramos en una nave espacial a una velocidad cercana a la luz, el tiempo pasaría de forma distinta para los viajeros de esa nave que para los que han permanecido en tierra. Cuando volvieran al lugar de donde habían salido después de dos o tres años se encontrarían con unos amigos, parientes que habrían envejecido veinte, treinta años.

El astrónomo continuaba:

-Hace catorce mil millones de años, una fluctuación energética, una onda infinitesimal, una variación en el horizonte de un suceso, produce la gran explosión. Si nos preguntamos por lo que podía haber antes solo podemos acercarnos a ello con una metáfora pues no tenemos conceptos como no sean los del arte para poder entenderlo. Puede valer la religión, si la entendemos como una forma artística de conocimiento, puede ayudarnos. Si la ponemos ocupando el lugar de la ciencia su papel será nefasto, una rémora para el conocimiento, una cueva, nido, generador de superstición, sufrimiento y mentiras. El huevo cósmico, el átomo primitivo concentrado en un punto de densidad inimaginables estalla y el espacio y el tiempo se ponen en marcha. A los tres minutos empiezan a parecer los átomos más sencillos a razón de uno de helio por cada cuatro átomos de hidrógeno, sólo más tarde cuando se forman las estrellas empiezan a generarse los demás elementos de la tabla periódica. En el momento de la explosión todas las energías y materia están concentradas en ese huevo cósmico, sólo en su posterior desarrollo surgen las fuerzas que mantienen las estrellas y planetas unidos y las partículas del átomo orbitando unas alrededor de otras. Estas fuerzas y la materia que van creando se irán separando a medida que van pasando los segundos, los minutos el tiempo que conocemos hoy en día.

El viejo astrónomo continuaba con la explicación, había llegado un poco tarde a la conferencia. Estaba llena de estudiantes, de curiosos que compaginaban su estancia en la isla turística con su acercamiento a las charlas y la visita obligada al planetario. Se recostaban en la silla entornaban los ojos y se disponían a escuchar los relatos cosmológicos que el astrónomo iba desgranando.

De vez en cuando preguntaban, pedían aclaraciones sobre lo que los nuevos espacios abrían a la imaginación. Cuando acababa la charla la gente salía con la sonrisa en los labios como volviendo de un mundo que no entendían, que les parecía que fuera imposible ser así, pero también con la satisfacción de sentirse un poco más cerca de las estrellas, hijos suyos. Había también el que se sentía estafado, el que le parecía una gran engañifa el no haber sido creados directamente para ser los reyes de la creación, ser simplemente un cúmulo de materia que funcionaba por no sé que carambola. Y se iban cabreados, pensando, y todo esto para que sirva y que más me da a mí si la luz que me llega es la de una supernova que ha estallado hace miles de años y ya no existe, si mañana tengo que fichar en la oficina o en el curro de todos los días y aguantar al imbécil de mi jefe o a la estúpida de la Fernández.

La noche era para el astrónomo y el día para la cocinera. Alex se recuperaba del agotamiento de uno, en los brazos y en las historias del otro. Después del copioso desayuno se hundía en la abundancia de ella. Sus brazos y piernas, su espalda y su vientre, sus senos y su trasero se

convertían en los campos de batalla donde una Marisa entregada a buscar un nuevo estímulo cada día, narraba historias en las que los guisos, las ensaladas, los primeros platos, los postres tenían un protagonismo principal.

Entonces la mente de Alex empezaba a confundir los planos y ya no sabía si estaba en el Observatorio persiguiendo la explosión de una estrella o en la cama saboreando un tiramisú de chocolate entre los senos de Marisa a la espera del choque que hiciera crear nuevos planetas. Escuchaba las historias de ella con la misma atención que las teorías del astrónomo donde se daba sentido a los acontecimientos y se hacían predicciones para el futuro que sólo la atenta observación confirmaría o rechazaría:

- Un día mi abuela para levantar el ánimo caído del abuelo decidió acudir a la casa de citas de madame Katiuska, pues como contaba, si ella no tenía problemas en disfrutar de marineros, mozalbetes, ascensoristas y demás pues todo lo hacía para el servicio y la mejora de su amor con el abuelo, también quería que este disfrutara de algo parecido. Así que decidió pedir consejo a quien suponía una experta en estas lides. Ésta acogió las explicaciones un poco sorprendida pero satisfecha de saberse consultada y tratada como una experta y después de largarla un discurso sobre la importancia de su trabajo y la necesidad de protegerlo y de inscribirlo con todos los honores en las listas de la Seguridad Social, escuchó la historia, pasó a dar su opinión y consejo de las medidas que deberían tomarse: exceso de chocolate, fue su primer diagnóstico, no es que esté mal pero todo en exceso es perjudicial, en segundo lugar exceso de carne, quiero decir que esa alegría tuya con que te pones a su disposición sin nada que impida el contacto, ni que vele ningún rincón o resalte alguna parte que quieres subrayar es otro error, si te fijas todas las señoras que trabajan por aquí en ningún momento van en pelotas, todos cubren sus partes, no por el frío sino por el gusto de subrayar, señalar, destacar. Con la ropa debes hacer lo mismo que con la comida: buscar múltiples matices que hay en cualquier detalle. Y por último el tercer y principal error falta de conocimiento de otras mujeres que como tu muy bien dices puedan servir de aprendizaje, acicate, creación e investigación. En ese terreno es donde creo te puedo ayudar, sólo tienes que hacerle venir por aquí o yo haré que una señora de gran calidad le lleve a su cama donde podrá poner en práctica todo lo que el conocimiento adquirido en muchos años de práctica destaca. La abuela desde ese momento empezó a interesarse por los afeites y los adornos, los perfumes y la variedad de camisones, sostenes, bragas y otros elementos que pudieran resaltar algo de su cuerpo, velar, confundir, esconder y disimular y no se sabe si sería por eso o por lo que una señora, cajera en la tienda de ultramarinos más próxima para más señas, le estaba enseñando, el abuelo recuperó su habitual impulso y se pasaba las noches intentando desvelar lo oculto, lo destacado, lo señalado de la abuela al mismo tiempo que los perfumes les envolvían creando un ambiente en donde junto con el chocolate al que no renunció

completamente ni los postres, constituían la atmósfera donde renacían las luchas de amor.

A medida que Marisa hablaba iba esparciendo gotas de perfume por el torso de Alex, por el vientre y después se lo entregaba y le pedía que le envolviese por todos sus rincones, y se entregaban al tacto y a los aromas y por la ventana abierta los vencejos, abejarucos, mirlos y ruiseñores dejaban entrar en la mañana soleada sus cánticos:

- Perfume "suspiros de amor" para los enamorados, para ti y para mí para que podamos envolvernos en las sensaciones de amor para siempre. Mi abuela me contaba que para mantener el amor del abuelo estaba dispuesta a cualquier cosa, incluso a entregarle a otra mujer y aprender de las artes que ésta desplegara en sus habilidades para retenerle. Durante mucho tiempo estuvo discutiendo con madame Katiuska cual eran las artes más exquisitas para que las aventuras del amor fueran más deliciosas y exitosas. Si era la comida, el sabor, el arte en las recetas culinarias acompañadas de bebidas espirituosas o espirituales que para ella eran lo mismo, lo más adecuado o era más bien el tacto el roce suave acompañado de los adornos necesarios el arma más poderosa, o quizás los olores lo que podía volver loco en el momento supremo a cualquiera que estuviera envuelto en ellos y la madame enseñaba, explicaba, orientaba que no había que propiciar ningún sendero hacia la felicidad y que había muchos caminos que variaban en función del momento, de la tarde o de la noche y sobre todo en función de la época que estaban pasando los amantes pues no eran los mismo en los momentos de la ardiente adolescencia que de la declinación de las fuerzas genesiacas, el momento más alto de la imaginación en que puedes elegir el menú de la riquísima gama de elementos que pueden formar parte del ingrediente que quieres degustar.

Vivían agotándose el uno al otro y como el cuerpo tiene sus límites y el alma guarda los rincones más extraños e inexplicables, empezaba a quedarse dormido en los brazos de Marisa, a pedir que siguiera hablando hasta que el arrullo de las historias le cerraba los ojos, a querer escuchar una historia tras otra de su inmensa abuela, a descuidar la comida y empezó a rechazar el chocolate e incluso la crema de Bariloche que siempre le había dado muy buenos resultados después de una larga noche de trabajo. Y aunque recordaba las enseñanzas de su abuela y rociaba el dormitorio con perfumes de Cristian Dior, Dolce Gabbana, éxtasis, sueño de lujuria, besos perdidos, Alex se quedaba dormido cada vez antes y Marisa empezaba a desesperarse a pensar que estaba fallando y se compró un camisón transparente de color negro que era el color de las señoras como Katiuska. Pero se dormía cada vez antes y para tener más tiempo trasladaron la mesa al dormitorio y procuraba alimentarle echados en la cama y esta se ponía perdida de grasas y ensaladas, de aceites y jugos pero al día siguiente todo estaba inmaculadamente limpio y Marisa con un

sostén nuevo que levantaba su busto para que el rostro de Alex se hundiera en él, pero este se dormía ante su desesperación y le echaba la culpa al astrónomo:

- La culpa es ese viejo profesor que te tiene absorbido el seso con tanta explosión, tanta galaxia y estrella de neutrones, como si no fuera suficiente con el estallido que tienes dentro de mí. Y tu te duermes y yo no puedo ver las estrellas y cada vez te gustan menos mis postres y ayer tuve que tirar el tiramisú de chocolate, me gaste un dineral en perfumes de estrella de cine que hasta en eso pensé cuando lo fui a comprar y aquí estás dormido como si yo te estuviera agotando pero yo sé que es ese viejo, que según lo que me cuentas parece que se corre con una ecuación matemática o algo así pues nunca te ha contado nada de su mujer o de sus hijos si parece que se acuesta con Einstein o alguno parecido, será maricón aunque sólo sea con las estrellas, pues estoy segura que eso es alguna perversión. Pues no estoy dispuesta a seguir así, voy a subir al Observatorio aunque tu no me lleves, que te lo estoy pidiendo desde que te conocí y tu que nada, que soy una analfabeta, y le voy a tirar de las barbas. Y le voy a decir que para un joven lo primero es vivir, para un joven y para una señora que yo también tengo necesidades y el marido está lejos y me está estropeando lo que le iba a enseñar cuando regrese si es que contigo me estaba doctorando, le estaba pasando en conocimientos a mi admirada abuela, pero vas y te duermes. Y me parece que estoy de más que no te interesa nada de lo que preparo, ni el chocolate, los postres, el salmón con jengibre, ni los perfumes de los que inundo la habitación, ni wonderbras nuevo que estreno todos los días, ni las transparencias que me pongo que no te interesa ya levantar. Alex escuchaba las protestas de Marisa como en sueños, como un run run de fondo hecho de sonidos, sabores, olores y calor que le adormilaba, como una canción de cuna, y se olvidaba de sí mismo dejaba que la voluntad le abandonara para entregarse al arrullo y dejarse llevar por el mundo de Marisa. Soñaba con la estrella más brillante y ligera con la hermosa Betelgeuse, que en medio de la oscuridad le atraía a su centro y se veía envuelto por los brazos de Marisa a la que despojaba de las prendas negras que impedían caminar hasta el centro y entonces su voz se transformaba en la del viejo profesor que le decía hay que continuar el trabajo, ser constantes, esas estrellas están desde miles de años y no podemos pretender descubrir sus secretos, levantar su misterio en una noche de frenesí, quizás lo más importante son las preguntas que nos podemos hacer, cada acercamiento trae un nuevo problema y oía la voz de Marisa diciéndome ¿pero me quieres? No te duermas, mi amor. La gente escucha en silencio, o muestra su asombro, o no lo entiende, o se queda soñando y pide que le lleven a ver los últimos acontecimientos. Y al final todos piensan que les están contando la misma historia, contada desde siempre, oída desde que eran niños. Relato de nacimientos y destrucción, de aniquilamientos y de creaciones: no es posible, cómo se puede imaginar eso, en qué cambia mi vida, qué significa que el tiempo es

curvo, qué se acorta, qué es una dimensión más, mundos de n dimensiones, pura elucubración matemática, el sol explotará, se morirá convertido en una enana blanca, negra o marrón, agujero del que no puede escapar ni un rayo de luz, somos polvo de estrellas, cada uno de los átomos que forma tu cuerpo y el mío, se formaron en la explosión gigantesca, los orígenes, vida mía, polvo, más polvo enamorado, allí vamos a donde las estrellas colapsan y en un dedal puedes incluir toda la masa del sol y entonces no habrá nada que nos pueda despegar. Y donde no había nada aparece la energía que crea la materia y como es imposible que la nada pueda crearlo lo llamaron Dios, porque necesitaban alguien a quien dirigirse, alguien como ellos, a su imagen y semejanza para que les protegiera, vida mía, para que les protegiera y les dijera a donde conduce cada uno de los pasos. Y se vieron arrastrados por fuerzas que no entendía y decidieron ponerle nombres y por eso nacieron las estrellas, cariño. Allí están las constelaciones, el conjunto de cúmulos, galaxias nebulosas, y verás a Orión el cazador y Perseo, Andrómeda, el carro, el perro.

Les nombramos para tenerlos en la mano y poder hablar de ellos contando las mil historias pero ahora ya no se les llama así, han perdido la magia de la antigüedad, se les pone letras y números la XCR 1245. Pero sigue siendo lo mismo, es la explosión de una supernova la que crea la materia, la que da origen al polvo interestelar del que están hechos tus besos y este sueño que nos va envolviendo, hay que tener pasión por el conocimiento, me dice el astrónomo, dejarse envolver por el ambiente de esfuerzo de constancia, de placer y se veía descansando en sus brazos al mismo tiempo que una brisa fresca le recordaba la sensación de bienestar que le rodea cuando el viejo profesor comparte sus dudas, proyectos, y sentados bajo la bóveda poblada de infinitos destellos de mundos en los que se están creando los mismos átomos que forman tu cuerpo, amor mío, y el mío y protegidos por esa negrura y en esa negrura se está bien. Todo era perfecto.

Cuando aparecieron por la fonda, Marisa se las arregló para coger en un aparte al astrónomo y soltarle todas las quejas que había ido preparando en los días de ausencia de Alex.

-A Vd. le parece bonito tener medio secuestrado a un joven para que le haga su trabajo. No cree que ya es hora de que se dé cuenta que más allá del estudio hay cosas más importantes. Porque Vd. sea un santón de la ciencia uno de esos que se creen que lo saben todo y no conocen lo mínimo de lo que se necesita en esta vida para ser feliz. Cualquier gañán que labra los campos o una dependienta en su supermercado le puede dar lecciones de cuales son las prioridades que hay que atender. En cambio el señor con eso de que se ocupa de las cosas más elevadas y con lo de que le está enseñando, vive del trabajo de un joven, que si no fuera por los cuidados que yo le doy durante el día habría expirado en manos de mentes tan retorcidas y falsas como las de Vdes. Puede pensar lo que quiera, pero yo soy la que se ocupa de tenerlo bien alimentado, en buena

forma y con todos los sentidos alerta. Yo consigo que funcione como una persona completa, no como una mente que no sabe ni padece, gracias a mí luego puede funcionar con Vd. y me parece muy mal que cuando le trae aquí venga convertido en una piltrafa que se me duerme agotado y cada vez me veo en mayores dificultades de levantarle el ánimo de reparar los estragos que las noches hacen en él.

Marisa se encendía a medida que iba hablando ante la cara de estupefacción que ponía el astrónomo incapaz de articular más allá de alguna disculpa:

-Señora que yo no le estoy obligando a nada, está haciendo su trabajo..., ya es mayorcito, sabe defenderse el sólo..., Vd. me ofende, yo no obligo a nadie, está aprendiendo..., no necesita que Vd. le saque las castañas del fuego..., señora Vd. no sabe lo que dice, yo soy astrónomo, haga su trabajo y deje al Sr. Gálvez que haga el suyo.

Pero Marisa no atendía a razones y después de la bronca que tuvo con el viejo profesornempezó a maquinarse el modo de poder vengarse de quien creía que le estaba destruyendo su más bella historia de amor.

-Lo tengo que hacer por él, no puedo dejar que el estudio, las matemáticas y todas esas horas de la noche que se pasan trabajando con las máquinas acaben de destruir la mente y el cuerpo de un mozo. No sé algo se me tiene que ocurrir y si alguna mañana subo yo al Observatorio y les estropeo alguno de esos canutos, máquinas y ordenadores que tienen. Podrían denunciarme y llevarme a la cárcel. Además si yo de eso no entiendo nada, como no lo ponga fuego. Que tonterías pienso, yo convertida en una delincuente. Total si dentro de unos días se va a marchar y yo también en cuánto acabe la temporada turística. Pues no estoy de acuerdo en que ese viejo chivo se salga con la suya. Se va a enterar de lo que es ser una experta en postres de chocolate, platos de salmón al jengibre, endibias a la Versalles, sopa de arenque con apio que colmaba de felicidad a mi abuela, carpa cocinada al estilo cantones con espárragos y dulce de Ginseng para asegurar los ímpetus de mi abuelo que hasta el día anterior al que se murió llenaba de felicidad a mi abuela. Y por qué no puedo conseguir de ese chiflado por las estrellas que baje a la tierra y se entregue a los placeres aventajadamente, con las mismas ganas que pone allí. Marisa tu terreno es el de la cocina, el de los platos y bebedizos. Ahí yo soy la experta.

Desde entonces cambió de táctica se dio cuenta que la ira, el enfado lo único que hacía es desprestigiarla ante los ojos del astrónomo, considerarla que estaba medio loca enajenada por tener al joven entre sus piernas, signo de debilidad y que no debía disputar al otro en un terreno que no era el suyo y en el que tenía todas las de perder. Lo que tenía que hacer era atraer al viejo a su terreno, el de la cocina y embriagarle con alguno de sus guisos, bebidas preparadas para la ocasión y aromas

que le hicieran olvidarse de los cielos estrellados aunque sólo fuera por unos momentos. Sí quería ver al viejo estudioso de la quinta, sexta y hasta décima dimensión que existían según le había dicho Alex en uno de esos momentos en que no sabía si le estaba contando algo real o estaba soñando, quería verlo en pelotas, empujando, a ver si ponía la misma fuerza que cuando miraba por el ojo del telescopio. Lo que se iba a reír viéndole de esa guisa, agarrado a su cuerpo como si fuera un veterano escalador subiendo uno de los picos más altos sin oxígeno y sin sherpas que le llevaran los avituallamientos. Le iba a seguir hasta unos metros antes de llegar a la cima entonces le iba a mirar a la cara, se iba a fijar en cada uno de los gestos de los esfuerzos de las contracciones de sus músculos de la mirada de náufrago que pondría, de las babas que iba a echar y en el momento de máximo esfuerzo iba a soltar una carcajada que esperaba que se oyera por toda la isla, que subiera hasta el Observatorio, se metiera por todos los aparatos y llegara hasta el último rincón del universo y fuese rebotando de estrella en estrella, de las enanas blancas a las negras, de las supergigantes a las de neutrones, de los planetas helados que giran indolentemente a su alrededor a los agujeros negros de los que no puede escapar ni un destello de luz, eternamente atrapados como esperaba tener al viejo: atrapado, enganchado en sus miserias, recordándole que por mucho que subiera todos los días al Observatorio formaba parte de los de aquí abajo, que por mucho que fantaseara y se imaginara eternidades, se agotaba y no era más que una piltrafa hecha de carne y de deseo, producto de unos preparados que una humilde cocinera pero más sabia que tanto intelectualillo de vía estrecha que circula por ahí es capaz de producir. Entonces esperaba ponerse encima restregándole por la cara todas sus partes, para sentirle como se ahogaba, como no quería despegar ni un centímetro su boca, como quería devorarla. Pero ella se sentiría poderosa, sería más fuerte, porque son los agujeros del cuerpo humano, la boca y la vagina son los que alimentan, los que agarran y despegarse de ellos es la mayor fantasía que han inventado los seres humanos y por mucho que se alejen siempre acaban atrapando, haciéndolos sentirse pecadores, porque en algunos momentos se han olvidado de ellos y se creen libres, independientes, eternos, fuera de sus exigencias. Y no saben que como la gravedad que rige los movimientos de los astros, o como la energía fuerte que mantiene al átomo unido nunca podrán librarse de ello, sino que al final cuando las estrellas son viejas y ya han agotado la energía en múltiples reacciones termonucleares de fusión, toda la materia de las galaxias acaba colapsando en unos pocos kilómetros muertos en los que ya sin vida todo queda atado y bien atado.

Marisa redobló sus esfuerzos, su trabajo se convirtió en una obsesión, no volvió a quejarse y buscaba las ocasiones en sus encuentros de ser amable e invitarles a los platos y menús más exquisitos a medida que experimentaba con carnes, postres y bebidas buscando cuáles eran las más eficaces para los estados de ánimo que quería

producir en su amante y en el viejo astrónomo. Sentimientos distintos le evocaban los dos, pues si en uno le guiaba el amor en el otro le guiaba la revancha y el odio. Se daba cuenta que entre uno y otro no había mucha diferencia y que si una palabra, un gesto, una caricia de uno de ellos le producía un sentimiento, lo mismo del otro, le producía el efecto contrario. La diferencia estaba en la posición del observador: cuando se encontraba formando parte de su amor, implicada en el juego, intercambiando energía, como esas estrellas binarias que se prestan la materia hasta que una de ellas estalla, cualquier hecho era un alimentador de la pasión y en el caso contrario para el que lo ve desde fuera el ridículo y la humillación presidían cada una de las actitudes, palabras, posiciones y gestos que pudieran intercambiar.

El viejo astrónomo había vuelto irritado al Observatorio, por el encontronazo tenido con la cocinera. Sólo faltaba que los líos de faldas de su ayudante perjudicaran la marcha del trabajo, no se iba a meter en la vida particular de nadie pero tampoco estaba dispuesto a que se inmiscuyeran en su trabajo. ¡Lo que tenía que aguantar! Como si tuviera que aprender de una limpia retrete consejos de cómo hay que vivir. Aquel era uno de los momentos en que necesitaba pasarse unos minutos descansando en la terraza del Observatorio, mirando hacia el inmenso espectáculo, con su vaso de ginebra en la mano, sintiéndose arrullado por lo que desde aquel lugar, se podía contemplar. Había dedicado lo mejor de su vida a buscar. Sí, siempre había estado buscando algo en lo que mereciera la pena emplear las energías. Los años que estuvo trabajando en un pueblo perdido reconstruyendo casas, trayendo agua, organizando a sus habitantes, haciéndoles sentir la necesidad de que se rebelaran, se levantaran contra el orden que habían recibido, enseñándoles a estar en desacuerdo, aprendiendo de su cultura, defendiéndoles en tantos foros donde la indiferencia por la cultura minoritaria, por los desheredados era la norma imperante. Había recibido desengaños, y quién no los recibe. Se volvían a reproducir los mismos modelos de dominación, eso les dijo cuando abandonó aquello; no he venido para cambiar el nombre de los que ejercen su poder despótico. Quizás nunca fue justo, no todo era igual, sí se había avanzado, no tanto como esperaban, pero sí se había ido hacia delante. De regreso decidió centrarse en el estudio, seguir los señalados por el sistema, sólo de esa forma se podría combatir mejor. Le entró una necesidad de aprender algo alejado de las necesidades de cada día. Estuvo dudando entre el estudio de la naturaleza y la biología o el mundo físico, lo que realmente existe. Su necesidad de encontrarse en medio de las soledades de la naturaleza le llevaba a pasar el mayor tiempo posible en medio de los campos, de la naturaleza, de la costa. Hasta que en un momento en que el aburrimiento y el desasosiego eran sus compañeros miró hacia la noche. Entonces decidió volver a ser un buscador, se sintió arrebatado por el espíritu de aventura, que siempre había arrastrado. Navegante sentado en su sillón, que sigue con su mirada la muerte y nacimiento de mundos, que busca en la ecuación matemática una visión del cambio en la

concepción heredada del mundo, que busca un significado que integre su percepción, la de sus ojos, la de sus sentidos con la percepción que su mente, su razón le pone ante sí. Que no se sienta sólo unido con una parte de sí mismo y enfrentada a la otra. Que pueda integrar cada uno de los episodios que constituyen la realidad en que se desenvuelve. Y se metió en el estudio de las teorías que explicaban la realidad, con la misma pasión con que años antes se había lanzado a conocer la realidad de otros y a enseñarles a que no se conformaran y se sacudieran la bota de lo presente para poder alcanzar zonas de libertad. Para liberarse de la dominación de los otros, de lo otro.

Fue la época en que vi más inseguro al astrónomo, más taciturno, como si el choque que había tenido con Marisa hubiera despertado heridas, recuerdos dolorosos que de alguna forma habían estado tapados. Las observaciones de esta eran injustas porque el astrónomo era cualquier cosa menos esa mente enganchada en lo abstracto, esa imagen de científico distraído carente de sentido de la realidad. Yo que conocía bien su trabajo, que le había observado en su estudio que le había acompañado en sus confesiones sobre lo que estaba intentando, sabía de sus emociones, de su querer por los demás, de lo que había intentado en otros momentos y como seguía en la misma lucha.

El tiempo pasaba y se iba acercando el momento en que acababa la beca de estudios, y así mismo el regreso del astrónomo y de Marisa. Una cierta melancolía se iba apoderando de todos pues el momento de la separación se iba aproximando y todos tenían la sensación de que no habían conseguido lo que se habían propuesto. Particularmente el astrónomo se sentía molesto ante la idea de tener que abandonar la exploración en lo que era la última oportunidad ante de acogerse al retiro. Todas las noches se asomaba a la terraza del Observatorio y se le oía murmurar en voz baja y a veces con exclamaciones incontroladas una especie de queja u oración a veces dirigida no se sabe bien si hacia la noche, las estrellas o hacia alguna divinidad sorda a los ruegos de sus devotos y que despierta la ira de estos por su insensibilidad:

-¡Hay que joderse, dónde coños estarás metida! Seguramente detrás de alguna bien conocida para que su brillo te oculte, y yo aquí pudriéndome de ganas por encontrarte. He recorrido con mis ojos, con estos aparatos que son la prolongación de mi vista la constelación de Casiopea pues estoy seguro de que ahí está escondida. Pero nada, no aparece nada. Ni una variación, ni un parpadeo más importante que otro.

Pero Marisa no dejaba de recordar su rencor hacia el astrónomo, y pensaba que no se había vengado lo suficiente, que le podía hacer caer bajo su poder siempre que le atrajera a su territorio. Que le había quitado a su gran amor y que sólo había recibido indiferencia y desprecio por su

trabajo. Apenas se había interesado por lo que ella hacía cuando comía en la fonda, siempre quería lo más rápido y era más parco en sus palabras que parecía que le costaban más que un riñón.

Un buen día preparó una bebida que consideraba insuperable para quebrar voluntades incluso de los individuos alejados de cualquier veleidad sensual y aprovechando una corta estancia que después de mucha insistencia había conseguido obtener por parte del astrónomo, le dio a probar. Este enseguida se sintió mareado, indisputado, con una sensación de relajación y sedación que le ataba al sillón del que no se podía despegar.

- Marisa no sé si me ha sentado bien esto, siento que me baila la cabeza.

- Tranquilo, son las primeras sensaciones Vd. déjese llevar, profesor imagínese que está en el Observatorio viendo sus amadas estrellas.

- Tengo la sensación de que no le caemos bien los astrofísicos. - dijo un balbuciente profesor.

- No se trata de eso, es simplemente que el estar siempre mirando hacia arriba hace que no se enteren de lo que pasa aquí abajo.

Marisa se sintió eufórica, se dio cuenta que le tenía a su merced, el viejo profesor empezaba a delirar. Se quitó la ropa y se acercó a él rodeándole con sus brazos.

- Lo que tiene que hacer es dejarse llevar por el momento presente, por lo que se siente cuando uno es llevado cuando los aromas, las sensaciones los olores le arrastran.

- ¿Sabe que hay galaxias cuya luz nos llega en este momento y que desaparecieron hace miles de años?

- Sé que hay momentos que dejarán huella mucho tiempo después de que hayan pasado.

La voz de Marisa se hacía más suave como un murmullo que llegaba hasta el viejo profesor para hablarle de unos recuerdos dormidos en su interior.

- Estoy hablando del mundo de las estrellas. Pero las estrellas no huelen, y el sabor... a veces he creído saborear algo.

Y Marisa se acercaba más al viejo profesor y le daba a saborear los pechos

que le ofrecía como manjar exquisito.

-Mi querido y viejo profesor en cualquier lugar puede encontrar algo por lo que merece la pena luchar, cargado del gusto más exquisito, despreciarlo es un pecado, algo de desagradecidos que no puede hacer. Una bebida de ambrosía puede darte la fuerza necesaria para seguir adelante. Todo se confunde, todo se hace lo mismo.

-Las estrellas también pueden ser saboreadas, y en la noche estrellada los olores no dejan de acompañarte. Entonces yo me olvido de lo que me rodea y sólo estoy para el objeto de mi conocimiento.

-Cómo ahora mi querido profesor, no siente el vaivén del mar, el oleaje, el descanso de la noche.

Marisa se sintió triste, paladeó por unos momentos el triunfo de su fuerza, el dominio de su cuerpo sobre el del viejo profesor y se río de este en su papel de amante. Pero su risa era amarga fruto del triunfo breve, instantáneo que anuncia el tiempo largo de la derrota. Y aunque se consideró reparada de todos los desprecios que había imaginado recibir al ser una simple cocinera, al tener que compartir el tiempo y el deseo de su amante con el viejo, se sintió ridícula, humillada por su aparente victoria. Se refugió en la cocina y de

allí no salía más que para poder atender a los clientes. Alex no bajaba del Observatorio y ella dejó de reclamarle entregada a sus guisos, sus postres, cremas y caramelos. Entregada en cuerpo y alma hasta unos extremos que en algún momento se llegó a pensar que podía estar perdiendo la razón. No era extraño encontrarla desnuda en la cocina en medio de los fogones, combinando el salmón con la besamel en unos platos imposibles que no se sabía que tipo de ingredientes tenían pues acababan en la basura o tirados por el retrete y Marisa vomitando lo que había ingerido en un intento de vaciar estómago y paladar para poder seguir saboreando los preparados que se pasaba horas y horas haciendo. Cada bocado que probaba le llenaba el cuerpo de sensaciones y evocaciones: un sabor para cada emoción, se decía.

Para cada deseo que se quiere obtener hay una receta, un preparado, una combinación mágica de sabores que te conduce con seguridad a su consecución. Un menú para dejar atrapado a su amante, otro para vengarse del viejo profesor, el tercero para retener a su inmensa abuela, para que no se le escapara nunca, para no olvidarse de ella, ni de su infancia, ni de la felicidad rodeada de cuencos de chocolate.

- Éste no, éste no - repetía cuando cansada de probar unos y otros los arrojaba y volvía a mezclar salsas y postres, especias y frutas, carnes y verduras, dulces y pescados, - un menú para saborear el placer de la venganza, para hacer sentir dolor al que nos hace sufrir, para humillar al

que nos humilla. Un menú para volver loco al que nos enloquece.

Después de los atracones y vomitonas a los que se entregaba quedaba exhausta tendida en medio de la cocina, enfangada en las inmundicias de los alimentos expulsados y de los desarreglos digestivos que le producían, agotada convertida en una piltrafa de sus propias excrecencias, mirándose al espejo con odio, renegando de su propio ser, triste, miserable, impotente, incapaz de estar allí donde su deseo le exigía con apremio imposible de soslayar, llegar.

Cuando se recuperaba de la cocina, se entregaba en el dormitorio a probarse ropas sedas y vestidos con los que adornaba el cuerpo calculando el impacto en los demás.

-El olor y el tacto son los otros caminos que llevan hasta los demás, que permiten apoderarse de sus almas. En algún lugar, hay una mezcla justa de olores, recuerdos y caricias que junto con el sabor abren la puerta del otro, que nos permitirá apoderarnos de su deseo y hacerlo nuestro. Sólo es cuestión de encontrar las medidas y combinaciones adecuadas.

Compró perfumes y decoró el dormitorio al mismo tiempo que rociaba muebles, armarios, vestidos. Se pasaba las horas embriagada por aromas en estado de trance, sabiéndose próxima a otra realidad que sentía tenerla al alcance de la mano. De la fonda emanaba un aroma en el que se mezclaban los venidos de la cocina con los del dormitorio en una mezcla que a unos les parecía excitante, a otros curiosa y divertida y a los menos un hecho producto de algún tipo de insania que tenía su dueña. Los clientes no dejaban de acudir, es más se corrió la voz de los extraños fenómenos que se estaban dando en aquel lugar y sobre todo las parejas empezaron a preferir las cenas en aquel restaurante, a consumir los alimentos despacio, recreándose en cada pequeño sabor, sensación que bien podía venir de una fruta, un dulce, un perfume. Pues el sentimiento embriagador en el que caían los comensales facilitaba las efusiones amorosas a las que se entregaban con imperiosa necesidad en cuanto acababan los postres.

Aunque no recordaba con exactitud que había sucedido, sabía que había sido seducido por Marisa y que aquella noche no asistió al Observatorio y dejó en manos de su asistente Gálvez todas las operaciones y cálculos. Se sintió molesto por haber desperdiciado un tiempo que consideraba precioso y más bien divertido por haberse sentido protagonista de las maniobras de la cocinera, objeto de su deseo, en el que había participado, creía recordar, con cierto interés. Ahora consideraba que había llegado el momento de volver arriba y dejarse de zarandajas. Pensaba en todo lo que le faltaba hacer y en el escaso tiempo que le quedaba y mientras se

vestía aún sentía en tomo a su cintura la huella dejada por los fuertes muslos de Marisa. Creyó que había aprendido la lección y que tenía que dejar más tiempo a Gálvez allí abajo que no tenía derecho a acapararlo en su trabajo. Podía acabar haciendo lo mismo que la otra: un intento de monopolizar el esfuerzo y el tiempo de su ayudante.

Era posible que el último periodo de observación que iba a poder tener acabara sin haber podido hallar ni rastro de la última explosión de una supernova detrás de la que había estado durante los últimos años, no importaba, otros lo conseguirían, sabía por sus años de trabajo que nunca había un hallazgo definitivo y que todo eran simples pasos en un camino que no tiene fin, y había aprendido a sentirse bien con eso, igual que se sentía bien cuando un escalofrío de emoción le llenaba al comparar la minúscula realidad propia con la que observaba. Tenía que aceptar que no podría encontrar la esquiva, huidiza y seguramente escondida detrás del brillo de una estrella, formando los elementos pesados de la tabla, diseminando por el universo la materia fraguada en el horno de aquella supergigante. Tenía que llegar a un acuerdo con Gálvez y quizás también con la cocinera para que ninguno de los dos interfiriera en el trabajo del otro. Se le ocurrió hablar con ésta y prometerla que cuando acabaran harían una cena de despedida, donde esperaban saborear las más exquisitas viandas que esta fuera capaz de preparar y los caldos que levantarán el ánimo, colocaran a todo ser humano que los prueba en un estado de gracia, rompieran las cárceles en que se desenvolvía el yo de los individuos, bajara las defensas con las que hay que circular en la vida y liberara mentes y cuerpos en una orgía de creación y sensaciones. A cambio la última noche se la dejaría a los amantes para que la pasaran arriba entregados al amor y a la contemplación de las estrellas pues sabía del deseo de la cocinera de subir allá a contemplar aquel espectáculo. Mientras tanto sería Gálvez el que tendría que repartir el tiempo entre el astrónomo y la cocinera, entre el Observatorio y la fonda, en un equilibrio en que ninguno de los dos se sintiera engañado en sus legítimas pretensiones y donde aún más, cada espacio supusiera un tiempo reparador de los excesos cometidos en el otro. Pues todos los polos tienden a acaparar para sí y se equilibran por la acción del otro.

Marisa también sentía que sus fuerzas iban decayendo que el tiempo se agotaba y que no se podía evitar lo que todos sabían: con el final del verano cada uno haría las maletas y se marcharía. Ella a su restaurante, a seguir preparando chocolates para los clientes.

Una melancolía serena fue sustituyendo el frenesí en el que había caído los últimos días y empezó a aceptar lo inevitable. Empezó a ver a Alex como a alguien que ya empieza a alejarse, que al final le va a dejar simplemente un recuerdo. Se dio cuenta que más que intentar retenerlo lo que tenía que conseguir era sobre todo que le dejara una memoria que formara parte de ella, con la que no estuviera reñida, que fuera parte de sus fantasmas queridos, en los que recrearse en los momentos de

descanso, que no fueran ocupados por las denuncias de lo imposible, de lo no hecho, de las demandas de lo inconcluso. También había que tener arte para acabar. Como cuando su abuela perdió al abuelo. La vio triste, melancólica pero de una melancolía cálida, la que retiene una parte de lo que se ha ido, la que no lo pierde todo.

Saber dejar irse al que tiene que marchar era tan difícil o más que retenerlo y sobre eso no había mucho escrito. Qué maniobras, comidas, bebidas, perfumes, encajes debían utilizarse para dejar marchar al que hasta ese momento había que mantenerlo pegado a toda costa. Sobre eso su abuela no le había dado muchas explicaciones. No estaba preparada. Cómo perder cuando saber hacerlo es la forma de ganar. Dónde estaba el libro de recetas que explicara los menús necesarios para la ocasión, los postres que debían hacer más llevadera una despedida y los perfumes que debían acompañarla. No conocía ninguno. Y de los sonidos, el que pronuncian los labios cuando rezan quizás fuera el único, pero Marisa ya no creía en nada y dudaba que eso se pudiera enseñar pues solo estamos preparados para el apego, para la vida, incluso la eterna que la llamamos vida porque de la muerte no sabemos o no tenemos nada que decir. Todo lo que se explica, se afirma de ella, en el momento en que se pronuncia, ya no tiene nada que ver con la realidad. Ya es mentira. Quedaban pocos días para abandonar el Observatorio, finalizado el periodo de trabajo que habían desarrollado, primero el astrónomo y Alex, pocos días después Marisa haría también las maletas.

Un silencio envolvía el dormitorio donde los amantes descansaban.

-Se acabó la beca- dijo Alex - creo que tengo que preparar el regreso.

- Qué pronto se acabó el verano. Volveré a la rutina, al trabajo de mi restaurante, a las calles atestadas de Madrid. Pero siempre me acordaré de esta isla.

Hablaban despacio, como reflexionando en voz alta, con los pensamientos en un futuro que se hacía presente por momentos. Como dos viejos amigos que parten para destinos lejanos y saben que no van a verse nunca más. No reparaban el uno en el otro, como otras mañanas. Pensaban en algo lejano, que ya se interponía entre ellos.

-Me voy con una tristeza - dijo Marisa- no me has llevado a ver las estrellas, no he subido al Observatorio.

-Esta noche lo podemos hacer, el astrónomo tiene que dar una conferencia en la ciudad y se va a quedar allí en casa de un amigo, podemos tener toda la noche para nosotros.

-¡Sí, de verdad que me vas a llevar! Quiero ver lo mismo que vosotros miráis desde allá arriba,

Sería la última noche a pasar allí, a mirar desde aquella atalaya la noche estrellada. El trabajo estaba acabado y Alex tenía que recoger todos los artilugios para dejarlos en buen estado para el siguiente equipo de astrónomos que ocupara el puesto. Decidieron esperar a que la noche fuera cerrada y subieron al Observatorio. Marisa sintió como que entraba en una catedral donde el silencio era total y la noche una compañera que invitaba al descanso a la reflexión a las confidencias de viejos amigos que se disponen a saborear un momento único. Llegaron sobre la media noche y salieron a la terraza a escuchar el sonido que parecía venir del espacio. Marisa creía sentir las mismas sensaciones que encontraba en su cocina cuando se le llenaba de efluvios y aromas de guisos y especias. Pero de la noche era el silencio lo que emanaba, un silencio lleno de resonancias de sensaciones en la piel, de activación del tacto y de la vista. Miraron hacia arriba y Marisa por fin vio las estrellas. Las vio como el primer explorador ve el desierto, como el niño el mar por primera vez, como el habitante del llano las montañas. Como un espectáculo que emociona, que absorbe la atención y en el que decides quedarte enganchado. Como un inmenso campo de ascuas así brillaba la noche ante los ojos de Marisa.

Alex no podía dejar de informar.

- Si miras hacia allí, hacia el norte verás la estrella polar, la que seguían los navegantes para orientarse en medio del mar, en el extremo de la osa menor. Rodeando a esta se encuentran las constelaciones la Jirafa, el Dragón, Cefeo, Casiopea, Perseo. Más hacia el cenit encontramos Andrómeda. Ya hacia el sur podrás contemplar en la constelación de Acuario a Marte y en la de Capricornio Neptuno ¿Sabes la historia de todos ellos? Te la voy a contar: Cefeo estaba casado con Casiopea, eran los padres de Andrómeda. Ésta pretendió ser más hermosa que las Nereidas desatando la cólera de Neptuno. Ofrecida al monstruo marino Cetus fue encadenada a una roca esperando su triste destino. Cuenta la leyenda que entonces apareció Perseo montado en Pegaso liberándola de su encadenamiento.

Alex hablaba y hablaba fascinando los oídos de Marisa con el sentimiento que envolvían sus palabras. Ya no sabía si se estaba mareando, si eran las sensaciones del fogón que había dejado abajo, el caso es que empezó a sentir que de aquella negrura o de las palabras salía una brisa fresca al principio y luego cálida y reconfortante que la envolvía, se metía por todos los huecos, la hacía encogerse y apretarse, y después del tacto sintió que la boca se le llenaba de sabores, donde el salado era el que predominaba pero no podía saber si era consecuencia del último guiso que le repetía o era más bien lo que emanaba de la noche lo que se metía en la boca como si fuera un océano en el que se perdía y se dejaba arrastrar por las

corrientes de aquella inmensidad y chasqueaba la lengua, le parecía estar saboreando un oleaje de negros brillantes. Los sonidos salían de la boca de Alex y ya no recordaba si el parpadeo de las constelaciones de las que hablaba estaban dando un concierto o quizás se movían y su movimiento producía un ruido que a ella le parecía una danza y al final aspiró para tragarse la noche con sus olores y estos la llenaban y entonces se pudo olvidar una vez más del mundo de abajo y comprendió que las estrellas sólo se podían ver, las más lejanas, a través de unos aparatos, de telescopios y demás elementos de radioastronomía que miden cada uno de los destellos pero que es alguien que percibe el que integra los datos que le llegan por cada una de sus esquinas y le da un significado y le pone un nombre: Rigel, Andrómeda, la Osa Mayor, la Polar, Heka, Saiph, el Dragón, y entre los brazos de Alex, Marisa recordó las veces que había visto las estrellas, todas las veces que se había olvidado de Marisa, todas las veces que se había entregado a los aromas de su fogón, en los brazos de su amante o en el brillo de una noche donde la negrura de la nada, de la lejanía, de la soledad, no es nada o mejor es una nada repleta de todo, repleta de uno mismo, una vez que ya no tienes que defender ninguna fortaleza pues nadie te puede atacar.

El comedor de la fonda estaba repleto. Los comensales habían sido invitados por el Observatorio. La cena daba por finalizada la temporada de verano y al cabo de pocos días comenzarían a llegar todos los integrantes del nuevo equipo de investigadores. Se había fijado las nueve de la noche para el comienzo. Empezaban a llegar tanto los que habían estado como los integrantes de otros equipos, amigos y compañeros que acudían a celebrar el final de la temporada. El plan era como en otras ocasiones alargar hasta altas horas la cena para acabar subiendo al mirador donde se alzaba el Observatorio y entre bromas y la bebida hacer una especie de ofrenda a la noche estrellada de la que vivían una buena parte de los que estaban reunidos.

- Marisa, saca las botellas de vino, pero no cualquiera, sino el que tienes guardado para las ocasiones- el que hablaba tenía pinta de profesor asociado universitario y era un habitual de los equipos y sobre todo de las celebraciones de los astrofísicos.

- Todo lo que se sirve aquí, es de calidad insuperable - contestaba una risueña Marisa convertida en la sacerdotisa.

Se movía entre las mesas con la agilidad de una gata, dirigiendo a los camareros, ordenando aquí y allá, entrando y saliendo de la cocina con los últimos platos y terminando de organizar cualquier detalle que pareciera que estaba fuera de lugar.

- El reto con el que se encuentra el científico hoy día - se oía en una mesa- es hallar una teoría que pueda unificar el campo de las energías que mueven el universo tanto el de los grandes cuerpos celestes como el

de la micromateria.

- Martínez deja las elucubraciones astrofísicas para otro momento, no te has fijado en el salmón ahumado que tienes sobre el plato.

- ¡Camarero, otra botella de vino! ¡Marisa me tienes que pasar la receta de las ostras en vinagre, mano de santo para los males del cuerpo para los que ya vamos tomando años! Quién va a negar que uno de los lugares de mayor tranquilidad, serenidad, y ausencia de estrés es un observatorio astronómico, aunque sólo sea por las condiciones físicas en que estos se desenvuelven, silencio, ausencia de luz, rodeados por la noche estrellada, y por la suavidad del clima en medio de la frescura de la altitud.

- ¡Vaya tontería que dices! Será si vienes en plan de turista, pero no veo esa falta de estrés cuando te pasas las noches delante del ordenador haciendo cálculos y con la obligación de entregar el trabajo completo en unos pocos días.

- ¡A pesar de eso! Sé lo que me digo. Se puede encontrar tiempo para todo. Estar en medio de la montaña, por la noche me parece un privilegio para los que podemos disfrutar de ello.

- Será para ti que siempre te has apuntado a los equipos de verano. No sé que vas a paladear cuando tienes que estar encerrado por el frío que hace.

Para la ocasión Marisa había preparado lo mejor de su recetario. Sabía que era la última cena. A partir del día siguiente todos empezaban a hacer las maletas y desaparecer en cuarenta y ocho horas. Y ella también volvería a Madrid y de su estancia en aquella isla no quedaría nada más que un recuerdo. De Alex, del viejo profesor, de lo que habían vivido allí.

El viejo profesor procuraba olvidarse por un tiempo de lo que le había traído allí. Las cenas de despedida eran un ritual del que nadie se libraba y para él sería la última en la que participaba como miembro activo del grupo de investigación. Se encontraba contento, a ello contribuían las bebidas preparadas por Marisa y una cierta satisfacción con lo que había conseguido de su estancia allí. No era todo lo que quería. La explosión tras la que iba desde hacía varios años no se había dejado ver, pero quién consigue todo lo que se propone, se decía.

Alex era el más contento. Consideraba que había sido un éxito su trabajo allí. Se volvía con una experiencia importante para su currículum y por fin podría separarse de Marisa de la que guardaría siempre un recuerdo de lo más entrañable. La veía moverse entre las mesas como directora de orquesta y admiraba la soltura con que se dirigía a unos y a otros. Admiraba aquel cuerpo pero sobre todo aquel trabajo de ella más importante de lo que eran capaces de reconocer todos los que estaban allí. Había tenido la suerte de conocerlo de cerca, de conocer todo su arte

en reparar las necesidades de los sentidos, en satisfacer todas las demandas del cuerpo.

Después de la cena pasarían la noche en el Observatorio, sería la última noche de amor.

Allí arriba rodeado por las estrellas, en el silencio. Estar allí arriba sin las exigencias del trabajo, siendo mudo testigo, igual que los puntos luminosos que se asomaban en la oscuridad.

Se llegaba a la parte de los licores, cuando ya la gente empieza a levantarse de las mesas a juntar las sillas a mezclar las anécdotas con amagos de cánticos.

-La última en el Observatorio, delante del templo sagrado del conocimiento - era

Martínez el que volvía a hablar dirigiéndose hacia la barra para aprovisionarse de la botella y vasos correspondientes. Se había erigido en director de ceremonias y no paraba de hablar.- Quiero una auténtica ceremonia de navajos.- así llamaba al brindis que todos reunidos y mirando hacia la luna y las estrellas hacían a modo de despedida antes de romper las copas y vasos contra el suelo.

Fueron desfilando hacia los coches para dirigirse hacia arriba. Hablando, riendo, contando el último cotilleo oído en los círculos universitarios, combinando una discusión sobre el último hallazgo del acelerador de partículas con un chiste verde.

Los últimos en salir fueron Marisa, Alex y el astrónomo. Ya en el coche Marisa no podía contener su natural locuacidad y entusiasmo por el momento.

- Qué noche más maravillosa, ¡ay! Por qué no serenos capaces de mantener estos momentos siempre.

- Te cansarías Marisa, también de los buenos momentos- dijo el astrónomo.

- Yo creo que me he pasado esta noche con las plantas euforizantes. Si no hacía falta, no hay más que ver lo despendolados que están todos.

- No hace falta los mejunjes, aunque se agradecen, cuando la razón y la mente están repletas de ideas.

Martínez empezó a cantar el "Asturias patria querida" en esos momentos, a los que se unieron las voces de los demás. Cantando llegaron a la explanada del Observatorio donde ya estaban todos reunidos en grupos pequeños, riendo, hablando en voz alta y pasando los vasos y las botellas

de mano en mano.

Por fin Martínez decidió tomar las riendas del momento mandó reunir a todos:

-Bueno compañeros, ha llegado el momento del brindis de despedida, el saludo navajo a la luna y a lo que nos rodea. Las copas listas.

Todos con un vaso o una copa en la mano se fueron juntando y las conversaciones fueron callando hasta que al fin se hizo el silencio.

-En este momento en que un equipo de investigadores ha finalizado su trabajo y damos la bienvenida a otro nuevo, en este momento repito, vamos a brindar por lo que nos rodea, vamos a levantar nuestros vasos por la feliz singladura de los muchos días de esfuerzos que bajo la cúpula de esta catedral hemos acumulado. ¡Que los dioses que nos contemplan en la noche nos sean favorables! Escuchemos el rumor de la oscuridad.

Durante un minuto o dos el silencio se hizo completo. Todos miraron hacia la noche, hacia los innumerables destellos luminosos que asomaban en la negrura insondable, todos recorrieron con la mirada y con los pensamientos el espacio infinito al que se asomaban. Sintieron el escalofrío que les producía la brisa en aquella inmensidad, sintieron la emoción. Sintieron el silencio y la oscuridad de la noche. De nuevo la voz de Martínez interrumpió aquel momento:

-Antes de brindar, quiero decir los versos del poeta, que mejor expresan estos momentos:

"serán ceniza, mas tendrá sentido / polvo serán, mas polvo de estrellas, enamorado"

Salud compañeros, brindemos.

El primero en marcharse fue el astrónomo. Se le vio contento satisfecho con los resultados de su trabajo y dispuesto a retirarse a su residencia en Valencia. A su pequeño Observatorio desde el que seguir contemplando minuciosamente los parpadeos de las estrellas y las variaciones que pudieran tener. Marisa no tardó en preparar las maletas. Un abrazo de Alex y una vaga promesa de llamarse alguna vez fueron el último contacto de los dos amantes.

El día que éste marchó era uno de los de mayor bochorno que se conocieron en la isla. El sol golpeaba sobre la vegetación reseca como si intentara aplastar cualquier atisbo de verde que pretendiera sobresalir.

Alex Gálvez miró por última vez hacia el Observatorio mientras el taxi le llevaba al aeropuerto. Vio el edificio recortarse contra el horizonte, la cúpula reluciente brillando como si fuera un faro que sirve de guía a cualquier navegante perdido.

-¡Qué espectáculo más hermoso!- No pudo dejar de pensar.

A medida que se alejaba, se fue haciendo más pequeño hasta que en un recodo de la carretera desapareció de su vista.